

EL RUGIDO DEL LEÓN

A large, glowing lion with a human silhouette inside its body, standing in a dark, starry space. The lion's fur is illuminated with a warm, golden light, and its body is filled with a complex, glowing structure that resembles a city or a network of light. A small human silhouette stands in the foreground, looking up at the lion. The background is a dark, starry space with some faint, glowing lines.

Oswaldo Rebolleda

EL RUGIDO DEL LEÓN



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....5

El León de la tribu de Judá.....10

PARTE 1: “Los siete sellos”

El primer sello.....20

El segundo sello.....26

El tercer sello.....31

El cuarto sello.....36

El quinto sello.....41

El sexto sello.....45

El séptimo sello.....49

PARTE 2: “Las siete trompetas”

La primera Trompeta.....54

La segunda Trompeta.....58

La tercera Trompeta.....63

La cuarta Trompeta.....68

Los tres Ayes.....74

La quinta Trompeta.....78

La sexta Trompeta.....82

Interludio profético.....86

La séptima Trompeta.....91

PARTE 3: “Las siete copas de la ira”

La primera Copa.....	96
La segunda Copa.....	99
La tercera Copa.....	103
La cuarta Copa.....	106
La quinta Copa.....	109
La sexta Copa.....	112
La séptima Copa.....	115
La Iglesia y el rugido del León.....	118
Conclusión Final.....	125
Reconocimientos.....	131
Sobre el autor.....	133



INTRODUCCIÓN

“Yo, Jesús, he enviado a mi ángel a fin de daros testimonio de estas cosas para las iglesias. Yo soy la raíz y la descendencia de David, el lucero resplandeciente de la mañana.”

Apocalipsis 22:16

Vivimos tiempos de aceleración profética. Las señales que Jesús anticipó en los Evangelios, y que los apóstoles reafirmaron con claridad, se manifiestan con mayor intensidad en nuestros días. Sin embargo, en medio de esta urgencia espiritual, gran parte de la Iglesia se encuentra desorientada o indiferente ante los asuntos escatológicos. Cómo maestro no puedo permanecer indiferente a esta situación, por tal motivo, determiné emprender el desafío de este libro que les presento con gran expectativa.

La comprensión de los tiempos que estamos viviendo, deber ser un fuego encendido en el corazón de todos los creyente, pero se ha vuelto para muchos un tema incómodo que prefieren ignorar. Las enseñanzas escatológicas han quedado relegadas a los márgenes de la predicación, o peor aún, sujetas a especulaciones que nublan la verdad.

La ignorancia escatológica ha debilitado la expectativa del regreso glorioso de Cristo. En lugar de vivir como vírgenes prudentes, muchos creyentes duermen, entretenidos

por los afanes de este siglo. Las profecías, en vez de movilizar a la santidad, a la preparación y a la esperanza, son rechazadas por considerarse “difíciles de entender” o “irrelevantes para el presente”. Sin embargo, una Iglesia sin claridad escatológica es una Iglesia sin urgencia, sin visión, sin autoridad espiritual.

Por eso, este libro nace con una carga muy clara: despertar a los que duermen, alertar a los que juegan con el pecado y equipar a los que anhelan permanecer firmes hasta el fin. No es un intento por alimentar el sensacionalismo ni de elaborar teorías nuevas, sino de regresar a la Palabra con temor y temblor, para escuchar lo que el Espíritu dice a las iglesias.

El libro de Apocalipsis no es un libro de oscuridad como algunos pretenden, sino de revelación. Su mismo nombre lo declara: “*Apokálypsis*”, en griego, significa “quitar el velo”, “descubrir lo que estaba oculto”. No fue escrito para producir confusión, sino para dar claridad. No fue dado para asustar, sino para afirmar la esperanza. No fue sellado para una élite espiritual, sino abierto para toda la Iglesia, como una lámpara que alumbraba en medio de la noche.

Sin embargo, el temor, la ignorancia y el abuso han convertido al libro de Apocalipsis en una tierra prohibida para muchos. Se han levantado interpretaciones plagadas de símbolos arbitrarios, visiones forzadas y enseñanzas alejadas del corazón del Evangelio. Algunos lo usan para manipular con miedo; otros lo ignoran para evitar el conflicto. Pero el

Apocalipsis no pertenece a los extremistas ni a los evasivos. Fue dado por el Espíritu a Juan para la Iglesia de todos los tiempos. Es la revelación del Reino, del Cordero, del León, del juicio y de la victoria.

En sus páginas no encontramos un mensaje de terror, sino de advertencia. No hay confusión, sino gloria. El que tenga oídos para oír, que oiga. Porque no se trata de entender cada símbolo con obsesión, sino de recibir la carga espiritual que contiene. Apocalipsis es la revelación de Jesucristo: Su autoridad, Su retorno, Su juicio y Su Reino eterno. Ignorarlo es rechazar un aspecto vital del testimonio del Evangelio. Estudiarlo con reverencia es prepararse para reinar con Él.

Muchos cristianos conocen al Jesús manso y humilde, pero pocos se han rendido ante el León que ruga. El mensaje contemporáneo ha dulcificado el carácter de Cristo, presentando un Salvador que todo lo tolera y que nunca confronta. Pero el Jesús del Apocalipsis viene con ojos como llama de fuego, voz como estruendo de muchas aguas, y espada aguda que sale de Su boca. Él no viene para ser crucificado nuevamente, sino para reinar. No vendrá como siervo sufriente, sino como Rey vencedor.

El rugido del León es un llamado a la Iglesia: despertar, prepararse, arrepentirse. Es el sonido del juicio que se aproxima, pero también de la victoria que está por manifestarse. Los sellos, las trompetas y las copas no son castigos sin propósito, sino parte del plan divino para cerrar este tiempo y manifestar la plenitud del Reino eterno. Jesús

es el único digno de ejecutar ese plan. Su rugido atraviesa los siglos, sacude los sistemas y expone los corazones. ¿Quién podrá resistir Su voz?

Hoy más que nunca, la Iglesia necesita predicar el juicio. No como una amenaza hueca, ni como una excusa para condenar al mundo, sino como una advertencia cargada de amor y verdad. Hablar de los juicios de Dios no es legalismo, es fidelidad. No es obsesión con el castigo, es esperanza anclada en la justicia perfecta del Señor.

Los juicios de Dios revelan Su carácter. Él no tolerará para siempre el pecado, ni permitirá eternamente que los impíos pisoteen la verdad. La gracia no anula el juicio; lo antecede. El día de la paciencia divina dará lugar al día de Su ira santa. Y ese día vendrá, como ladrón en la noche para los impíos. Por eso, debemos levantar la voz. Los profetas de verdad, nunca callaban el juicio: lo anunciaban con lágrimas. Jesús mismo habló más del infierno que del cielo, no para condenar, sino para advertir. Su rugido es un grito de amor que quiere salvar antes de que sea demasiado tarde.

Para entrar con provecho en el libro de Apocalipsis, y en este libro que les presento, es necesario hacerlo con una actitud correcta y una hermenéutica sana. No se trata de descifrar códigos como si fuera un enigma ocultista, ni de adaptar cada símbolo a los titulares de noticias. Se trata de permitir que el Espíritu Santo ilumine las Escrituras, considerando el contexto bíblico, histórico y teológico.

Algunas claves esenciales que utilizo para leer Apocalipsis correctamente es mantener una visión “Cristo-céntrica”, es decir, sosteniendo a Jesús como el centro del libro. No los juicios, ni el Anticristo, ni el caos. Todo apunta a la revelación de Su gloria y Su gobierno. Por sobre todas las cosas, Apocalipsis es la revelación de Jesucristo.

En segundo lugar mantener un “Simbolismo coherente”. En Apocalipsis muchos elementos son simbólicos, pero sus significados están anclados en la Biblia misma. No debemos inventar nuevas interpretaciones, sino buscar conexiones bíblicas genuinas.

En tercer lugar, tener una clara “Unidad bíblica”. Apocalipsis no está aislado del resto de las Escrituras. Está profundamente unido a los mensajes proféticos de Ezequiel, de Daniel, de Isaías, de Zacarías y del mensaje del Evangelio del Reino. Es la culminación del plan de redención que confirma y afirma todo el diseño de Dios.

En cuarto lugar debemos sostener “Reverencia y obediencia”: No basta con entender; hay que responder. Bienaventurados los que leen, oyen y guardan las palabras de esta profecía (**Apocalipsis 1:3**). Este libro que les invito a leer, no es un manual de especulaciones, sino un llamado a la santidad, a la perseverancia y a sostener la esperanza gloriosa. Prepárense para oír el rugido del León. Él ha vencido. Él abrirá los acontecimientos del fin y preparara todo para Su gloriosa venida.

EL León de la Tribu de Judá

“La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, que ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca.”

Apocalipsis 1:1 al 3

El apóstol Juan, exiliado en la isla de Patmos *“por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo”* (Apocalipsis 1:9), fue elegido por el Espíritu para recibir una revelación que trasciende el tiempo, destinada a la Iglesia de todos los siglos. En un día del Señor, Juan fue arrebatado en el Espíritu y lo primero que escuchó fue una voz potente, como de trompeta (Apocalipsis 1:10). Esta voz no era común: era el rugido del Cristo glorificado, que habla desde el Cielo con autoridad soberana. Él no vino con palabras suaves ni con lenguaje figurado. Su mensaje era claro, directo, urgente. Su voz penetra el alma, confronta a la Iglesia y la convoca a una vida de santidad y fidelidad ante lo que pronto ha de suceder.

Juan giró sobre sí para ver al que le hablaba, y su visión fue gloriosa, vio a **“uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro”** (Apocalipsis 1:13). Sus ojos, **“como llama de fuego”**, capaces de escudriñar lo más profundo del alma, y Su voz, **“como estruendo de muchas aguas”**, que sin duda revelaban Su majestad.

Este no era el Jesús sufriente del Gólgota, sino el Rey exaltado, el Sumo Sacerdote eterno, el Juez justo que camina en medio de los candeleros: Su Iglesia. Así comienza el Apocalipsis: no con temor al futuro, sino con la gloriosa presentación del Cristo viviente.

Los capítulos dos y tres de Apocalipsis, contienen siete mensajes específicos de Cristo resucitado a las iglesias de Asia Menor, pero que también revelan la condición espiritual de la Iglesia a través de todas las épocas. Cada mensaje es un espejo en el que debemos mirarnos, y un llamado urgente al arrepentimiento y a la fidelidad.

A Éfeso, le dijo: **“Has perdido tu primer amor”** (Apocalipsis 2:4). Esta iglesia era fiel en doctrina y en trabajo, pero su corazón se había enfriado. El León de Judá no solo busca ortodoxia, sino pasión.

A Esmirna, la iglesia sufriente, la anima diciéndole: **“Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”** (Apocalipsis 2:10). El rugido del León en medio del dolor dice: “No temas lo que vas a padecer”.

A Pérgamo, le reconoce que habitaba **“donde está el trono de Satanás”**, y aunque mantenía la fe, toleraba la doctrina de Balaam. Jesús los llama a purificarse como el único camino hacia la victoria.

A Tiatira le reconoció que tenía amor y servicio, pero permitía a “Jezabel”, una falsa profetisa, que desviaba al pueblo. Jesús muestra su celo por la pureza doctrinal y moral de su pueblo.

A Sardis, el León le habla con severidad diciéndole: **“Tienes nombre de que vives, y estás muerto” (Apocalipsis 3:1)**. La religiosidad sin vida espiritual es aborrecible al Señor.

A Filadelfia la considera como el modelo de la iglesia fiel. Cristo le abre una puerta que nadie puede cerrar y la guarda en la hora de la prueba. Su rugido es de aprobación y de extraordinarias promesas.

Finalmente, a Laodisea la confronta por su tibieza. Cristo le dice: **“Te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:16)**. No hay neutralidad en el Reino. Jesús no bendice la indiferencia espiritual. Pero aún a esta iglesia, Él la llama con ternura dejándole en claro que aun está a tiempo de arrepentirse y abrir la puerta a un nuevo tiempo: **“Yo estoy a la puerta y llamo...” (Apocalipsis 3:20)**.

Tras los mensajes a las iglesias, el Espíritu eleva a Juan a una nueva dimensión: **“Sube acá, y yo te mostraré las cosas**

que sucederán después de estas” (Apocalipsis 4:1). Aquí comienza una visión celestial que dará sentido a todo el juicio venidero. Antes de mostrar el drama de los sellos, trompetas y copas, Dios revela su Trono.

Juan ve una puerta abierta en el cielo. La revelación no viene desde abajo, sino desde lo alto. Toda interpretación profética debe partir desde la perspectiva celestial. **“He aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado” (Apocalipsis 4:2).** El universo no está gobernado por el caos ni por los hombres. El Trono está firme, porque Dios reina.

Alrededor del Trono hay seres vivientes que no cesan de adorar diciendo: **“Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 4:8).** La adoración es la atmósfera de la eternidad. El León de Judá es adorado no solo por lo que hará, sino por lo que es: Santo, Eterno, Digno.

Los veinticuatro ancianos se postran, echan sus coronas y declaran: **“Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas...” (Apocalipsis 4:11).** Antes de ver los juicios, Juan ve la adoración. Antes del dolor, se nos muestra la gloria. Esta es la clave para interpretar todo lo que vendrá.

Al llegar al capítulo 5, Juan ve en la mano del que está sentado en el trono un rollo escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Este rollo representa el plan perfecto y definitivo de Dios para redimir, juzgar y restaurar la creación. Pero el drama comienza cuando **“nadie podía abrir**

el libro, ni aun mirarlo” (Apocalipsis 5:3). Entonces Juan llora mucho. La desesperación inunda el cielo. Si ese rollo no se abre, no habrá justicia, no habrá redención completa, no habrá cumplimiento de las promesas.

Y es en ese momento de frustración y aparente fracaso, es cuando el rugido del León se escucha por primera vez. Uno de los ancianos le dice a Juan: *“No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos” (Apocalipsis 5:5).* ¡Aleluya! ¡Hay uno que ha vencido! No es un ángel, no es un profeta, no es un mártir. Es el León. Es Jesús.

Pero lo más impactante es que Juan espera ver a un León, y cuando mira, ve *“un Cordero como inmolado” (Apocalipsis 5:6).* Aquí está el misterio glorioso de nuestro Salvador. El León ruge desde la cruz. El que conquistó, lo hizo no con espada, sino con entrega. Su victoria fue su muerte, y su gloria, la resurrección.

El Cordero toma el libro de la mano del que está en el trono. Todo el cielo responde con adoración nueva: *“Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado...” (Apocalipsis 5:9).* Millones de ángeles, ancianos y seres vivientes se unen al canto diciendo: *“El Cordero que fue inmolado es digno...” (Apocalipsis 5:12).* El León ruge como Cordero, y el Cordero reina como León.

Este es el Cristo que abrirá los sellos. No lo hace con crueldad, sino con autoridad redentora. No ejecuta juicio sin

primero ofrecer misericordia. Pero cuando el tiempo se cumple, Él actúa. Nadie puede detener su obra.

Antes de entrar al estudio de los siguientes capítulos de Apocalipsis, que contienen nuestro tema sobre los juicios del Cordero sobre la tierra, necesitamos comprender profundamente quién es el que abre los sellos. No es un actor de juicio sin rostro. Es Aquel que conoce los corazones. Es el que murió por amor, pero también el que juzgará por justicia.

El rugido del León no es para amedrentar a los suyos, sino para despertar a una Iglesia adormecida. El juicio no es el fin, sino el medio para establecer el Reino. El León no viene a destruir indiscriminadamente, sino a ejecutar el plan eterno de Dios. Todo lo que veremos en las páginas siguientes debe ser entendido a la luz de esta gloria.

La adoración del cielo, la santidad del Trono, la victoria del Cordero y la urgencia del mensaje a las iglesias son el marco de todo lo que vendrá. No se trata solo de escatología, sino de fidelidad. No es solo un mapa del futuro, sino una llamada al presente.

***“Nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y
reinaremos sobre la Tierra”***

Apocalipsis 5:10

Además, debemos tener en claro nuestra posición y nuestro propósito eterno. Dios no ofreció salvarnos para que

estuviéramos ociosos en el cielo tocando el arpa toda la eternidad. Nos llamó para ser reyes y sacerdotes que ayudemos a Jesucristo, el Rey de reyes, a imponer la paz perdurable en la Tierra. ¿No es glorioso? Nosotros somos parte de Su plan y tenemos un rol activo y comprometido.

Por esta razón dijo Jesús que los mansos, los que le siguen humildemente a Él y se niegan a sí mismos, ***“heredarán la Tierra”***. La Biblia dice que el mundo entero está bajo el maligno (**1 Juan 5:19**), menos la Iglesia, que vive en Cristo y que se manifiesta bajo el gobierno de Dios. Esto no implica que gobernamos todo, ni que ya hemos alcanzado la plenitud del Reino, pero sí que ya tenemos un Rey y que cada día pedimos hacer Su voluntad.

Lo perfecto vendrá, pero hasta que eso ocurra, nosotros debemos tratar de avanzar hacia esa plenitud, viviendo y disfrutando las “arras” de nuestra herencia, que es nada menos que el poder vivir en la comunión con el Espíritu Santo en nuestras vidas. Claro que todavía tenemos un cuerpo de muerte, pero esto es glorioso.

Cuando oramos ***“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”*** (Mateo 6:10), no solo estamos pidiendo comprender Su voluntad para ponerla por obra en nuestras vidas, sino que estamos pidiendo que el Señor venga nuevamente, para que Su Reino sea manifestado no solo en el espíritu de los santos, sino en toda la tierra.

La mala enseñanza de un escape glorioso, y una vida eterna en casitas celestiales, ha matado la revelación de una tierra redimida, de un gobierno global de Dios con todos sus santos. Amados, nuestro Reino no es de este mundo, pero debe llenar este mundo, para que la tierra sea llena de la gloria del Señor (**Salmo 72:19**). Debemos anhelar ver ese día, cuando todos los perversos y corruptos, terminen doblando sus rodillas ante el rugido del León.

***“Los justos heredarán la tierra,
Y vivirán para siempre sobre ella.”***

Salmo 37:29

Pero volviendo a nuestro enfoque, notemos que Jesús es el León de la tribu de Judá. Ese título, que aparece solo una vez en todo el Apocalipsis, contiene siglos de promesas cumplidas. Desde **Génesis 49:9 y 10**, cuando Jacob profetizó que el cetro no se apartaría de Judá, hasta este momento glorioso donde ese descendiente de Judá toma el libro y lo abre, vemos la fidelidad de Dios.

El rugido del León no es una amenaza para los suyos, sino una proclamación de victoria. El León ruge para despertar a su pueblo, para anunciar que el Reino avanza, para declarar que la historia no está sin rumbo. Él tiene el control. Él conoce el final desde el principio.

A lo largo de este libro, veremos cómo ese rugido resuena en la historia, en los juicios, en las trompetas y en las copas. Pero nunca debemos olvidar que ese rugido nace del

corazón del Cordero que fue inmolado. Es un rugido de amor, de justicia y de esperanza.

Prepárense, porque el León ha rugido. Y cuando el León ruge, nadie puede permanecer indiferente.

“Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos.”

Apocalipsis 5:11 al 13

PARTE 1

LOS SIETE SELLOS

(Apocalipsis 6-8:1)



EL PRIMER SELLO

El caballo blanco y la falsa paz

“Y vi cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos, y oí que uno de los cuatro vivientes decía, como voz de trueno: "Ven". Miré, y he allí un caballo blanco. El que lo montaba tenía un arco y le dieron una corona. Salió venciendo y para vencer.”

Apocalipsis 6:1 y 2

Cuando el Cordero, aquel que fue hallado digno de abrir los sellos (**Apocalipsis 5:9**), rompe el primer sello, se produce un sonido que no es explosión ni estruendo, sino una orden que parte del trono: “*¡Ven!*” (**Apocalipsis 6:1**). Lo que sigue no es una escena de paz genuina ni una manifestación del Mesías, sino la primera señal del juicio progresivo: un jinete montado sobre un caballo blanco.

Muchos han confundido este jinete con Cristo mismo, pero una lectura cuidadosa, en contexto con los otros tres jinetes que le siguen, que son la guerra, el hambre y la muerte, nos lleva a otra interpretación: este jinete simboliza una falsa paz, una seducción global y un inicio engañoso de conquista sin verdad. No es el León de la tribu de Judá, sino una imitación sutil del verdadero Príncipe de Paz. Es el eco de un susurro serpentino que promete unidad pero engendra dominación.

“Y vi, y he aquí un caballo blanco”

Apocalipsis 6:2

El color blanco en la simbología bíblica representa pureza, victoria o justicia. Pero aquí, el blanco no debe confundirnos: no se trata del Cordero vencedor montando un caballo, como sí lo vemos en **Apocalipsis 19**, quien lleva una espada afilada para herir a las naciones, sino de una apariencia de justicia sin su sustancia. Este jinete tiene un arco, pero no se menciona ninguna flecha. Tiene una corona, pero no es la “diadema” real (gr. diadēma), sino una “*stephanos*”, una corona temporal, como la que se otorga a los vencedores de competiciones humanas.

Este detalle es fundamental: se trata de un conquistador que opera no por violencia directa, sino por influencia y persuasión. El arma de este jinete no es la guerra abierta, sino la estrategia y el engaño. Con un arco sin flechas, avanza ganando terreno sin disparar. Esto nos remite al poder de la manipulación, la diplomacia engañosa y los tratados políticos que prometen paz mientras preparan el terreno para el caos.

Jesús profetizó que antes del fin habría un periodo de engaño global, donde muchos serían seducidos por líderes que vendrían “en su nombre” (**Mateo 24:5**). El apóstol Pablo también advirtió que cuando digan “Paz y seguridad”, vendrá sobre ellos destrucción repentina (**1 Tesalonicenses 5:3**). Este primer sello es, en realidad, el inicio de una caída

camuflada como ascenso. Es la calma engañosa antes de la tormenta.

El caballo blanco, entonces, representa ese sistema de poder que pretende traer orden mundial, acuerdos de paz y soluciones a los conflictos del mundo, mientras socava la verdad, debilita a las naciones y prepara la escena para el Anticristo. Es la manifestación del espíritu del anticristo (**1 Juan 4:3**), que ya opera en el mundo, buscando desviar a las masas del verdadero Evangelio hacia una religión sin cruz, un reino sin Rey y una espiritualidad sin arrepentimiento.

Hoy ya podemos ver, cómo, en nombre de la paz, se promueven alianzas políticas y religiosas que diluyen la verdad del Evangelio. Las plataformas ecuménicas, los foros globales de unidad religiosa, los tratados diplomáticos y las estructuras supranacionales son ejemplos modernos de caballos blancos que prometen seguridad, pero allanarán el camino para la tiranía espiritual y moral del anticristo. Esta paz no es fruto de la justicia, sino del compromiso con la mentira.

En este contexto, la Iglesia debe ser discernidora, porque muchos serán seducidos por el “buenismo” del primer jinete. Su lenguaje será el de la inclusión, el diálogo, el respeto interreligioso, pero su fruto será confusión, relativismo y persecución a quienes aún prediquen a Cristo como el único Camino.

La ruptura del primer sello no representa aún la violencia abierta del segundo sello que es la guerra, ni la escasez del tercero, que es el hambre, ni la muerte del cuarto, pero sí da inicio a la secuencia. Este caballo blanco prepara el terreno. Es el “ensayo general” del dominio global, y su peligrosidad radica en su sutileza.

Solo una Iglesia llena del Espíritu Santo y arraigada en la Palabra podrá reconocer la diferencia entre el verdadero Cristo y sus imitadores. Cuando el Cordero ruge, Su Iglesia debe escuchar, pero muchos están oyendo otros rugidos, falsos ungidos, falsos pactos, falsas esperanzas.

Es importante afirmar con claridad que el León de Judá no es el jinete de este primer sello. Cuando Cristo regresa en **Apocalipsis 19**, Él lleva muchas coronas verdaderas (diademas), Su nombre es “Fiel y Verdadero”, y Su arma es una espada afilada que sale de su boca, símbolo de Su Palabra. Él no necesita diplomacia para conquistar: Él vence por la Verdad. El jinete del primer sello, en cambio, es una distorsión de esa figura.

Esta diferencia no es menor, porque confundir al imitador con el verdadero conduce a la apostasía. Por eso, el mensaje del primer sello no es simplemente un juicio: es una advertencia para que el pueblo de Dios se mantenga sobrio y alerta.

Debemos comprender que la Biblia advierte claramente sobre el engaño del Anticristo. No especifica

detalles respecto un engaño particular hacia Israel, pero se puede inferir claramente que aquellos que no están protegidos por la fe en Cristo serán engañados. El pacto roto por el Anticristo en **Daniel 9:27** es una forma clara de engaño hacia Israel durante un tiempo.

El primer sello es la señal de una apertura espiritual que marcará la historia con aparente paz, pero con real corrupción. Es el inicio del escenario final, en el cual la verdad será tergiversada, y el mundo celebrará pactos sin Dios, mientras se encamina hacia el caos profetizado.

Hoy más que nunca, necesitamos hombres y mujeres que escuchen el rugido del León de Judá, que discernan los tiempos y no se dejen seducir por las apariencias. La falsa paz está cabalgando, y muchos la aplauden, pero los que conocen al León no se arrodillan ante estas imitaciones. Ellos esperan con fervor, oran con vigilancia y proclaman con valentía que Cristo es la verdadera paz, y Su Reino no tiene imitaciones provenientes del sistema.

“Jesús les contestó: Tengan cuidado de que nadie los engañe. Porque vendrán muchos haciéndose pasar por mí. Dirán: yo soy el Mesías, y engañarán a mucha gente. Ustedes tendrán noticias de que hay guerras aquí y allá; pero no se asusten, pues así tiene que ocurrir; sin embargo, aún no será el fin.”

Mateo 24:4 al 6 (DHH)

Hoy en día el mundo se encuentra en tal confusión que la gente se pregunta, ¿Estamos viendo el fin de la historia?, ¿Podríamos enfrentar un holocausto nuclear? ¿Acaso el mundo está fuera de control? Ante esto, la diplomacia global y los organismos internacionales, dicen estar trabajando en busca de un bienestar verdadero, para lo cual claman por control, y es claro que lo están obteniendo.

Podemos tener la certeza que la serie de eventos que se desencadenarán se encuentran acorde al propósito de Dios. No importa la maldad y falta de fe que exista en la humanidad, el mundo no va hacia la deriva, el Señor no ha abandonado la tierra. Por el contrario, Dios simplemente tiene el control del ritmo de los sucesos. Lo que nosotros necesitamos es operar desde el discernimiento espiritual.

“Que cuando digan: Paz y seguridad; entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer en cinta, y no escaparán. Más vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. ”

1 Tesalonicenses 5:3 y 4

EL SEGUNDO SELLO

El caballo rojo y la guerra

“Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente que decía: "Ven". Salió otro caballo color de fuego. Al que lo montaba le permitieron arrebatarse la paz a la tierra y hacer que se enfrentasen unos con otros. A este le dieron una gran espada.”

Apocalipsis 6:3 y 4

Cuando el segundo sello es abierto, la escena cambia abruptamente. Ya no se trata de la falsa calma del primer jinete, ni del engaño revestido de blanco. Ahora emerge la violencia en su forma más cruda. El caballo rojo no es simbólicamente ambiguo: representa guerra, sangre y destrucción.

El León ha abierto el segundo sello, y lo que ahora se manifiesta es el verdadero fruto de la falsa paz anterior. Lo que comenzó con diplomacia y promesas de unidad, ahora explota en conflictos armados, divisiones nacionales, enfrentamientos tribales, persecuciones, y caos global. El sistema que se presentó como pacificador se revela como destructor. El orden del primer sello era solo una tregua aparente antes del colapso bélico.

Es decir, el anticristo se presentará a sí mismo como un gobernante que puede traer la paz al mundo. Pero, él no la puede garantizar, porque Dios dijo: No hay paz para los malvados, dice mi Dios (**Isaías 48:22**).

¿Y no es eso lo que cada candidato que lucha para ocupar un cargo político promete, una y otra vez? Siempre prometen que el país, la nación, permanecerá gozando de una paz estable, que no habrá más luchas; y todos anhelamos que sus palabras se cumplan. Sin embargo, estamos muy lejos de la paz que tantas veces ha visto su nombre en elocuentes tratados y acuerdos, firmados por importantes estadistas mundiales.

Este jinete no trae guerra: quita la paz. Es importante notar esta distinción. La guerra ya estaba en el corazón del mundo caído, pero había límites, barreras, frenos. Ahora, por decisión soberana del Cordero, esas barreras se levantan, y la paz es retirada, como si una mano invisible que la sostenía decidiera retirarse.

Esto nos remite al principio espiritual descrito por Pablo en **2 Tesalonicenses 2:7**, donde se habla de Aquel que detiene la manifestación del hombre de pecado. Cuando el freno divino se aparta, el corazón humano da rienda suelta a su violencia, su ambición y su odio. Es como si el Espíritu de contención que impide el caos total fuese apartado por momentos, permitiendo que el hombre experimente las consecuencias de su rebelión.

El caballo rojo simboliza sangre, fuego y violencia. El jinete no necesita negociar ni disfrazarse. Viene con una gran espada, no una flecha simbólica como el primer jinete, sino un arma explícita, visible y amenazante. Esta espada no es la de la Palabra de Dios, sino la del conflicto entre pueblos, la del odio fratricida, la del hombre contra el hombre. Se le da autoridad para “que se matasen unos a otros”. No es sólo guerra entre naciones, sino violencia social, civil y hasta personal.

Este es un tiempo en el que la muerte se convierte en rutina, y la sangre corre por las calles. El pacto de la falsa paz se ha roto, y ahora las tensiones latentes explotan. Se trata de una era de guerras sin sentido, de revoluciones manipuladas, de violencia institucionalizada, donde el hombre será por mucho su propio enemigo.

Este segundo sello no solo es juicio divino, sino también una exposición del corazón humano. Dios permite que se manifieste lo que ya estaba en la humanidad: la ira, la codicia, el nacionalismo, la lucha de poder, el deseo de venganza. Cuando el Cordero abre el sello, no crea el mal, sino que lo revela y lo desenmascara, dando rienda suelta a lo que está en el corazón de los seres humanos. Esto también nos permite observar, que muchas cosas malas en la tierra no ocurren porque Dios siempre interviene, permitiendo que suceda lo que debe ocurrir conforme a Su propósito.

La historia ha conocido muchas guerras, pero lo que describe Apocalipsis es una escalada global, donde el

conflicto se generaliza y se convierte en el nuevo lenguaje de los pueblos. Esta guerra es espiritual, política, cultural y religiosa. La paz superficial del sistema anterior ya no puede sostenerse, y las consecuencias de haber rechazado al Príncipe de Paz se manifiestan con crudeza.

Además del conflicto armado, este sello también puede simbolizar la intensificación de las guerras espirituales y culturales. El caballo rojo cabalga también por medio de ideologías que dividen, de discursos que promueven el odio, de leyes que enfrentan a ciudadanos, de redes que propagan violencia emocional, y de sistemas que fragmentan a la sociedad.

Hoy, las guerras no siempre llevan uniforme: muchas se libran desde escritorios, parlamentos, pantallas y algoritmos. En nombre de la libertad, se promueve la anarquía. En nombre de la justicia, se alienta la venganza. En nombre de la verdad, se justifican las bombas.

Cuando la paz es retirada de la tierra, la Iglesia no debe retirarse del campo espiritual. Es el tiempo de los intercesores, de los pacificadores, de los que llevan la verdadera espada del Espíritu. No podemos quedarnos en silencio cuando el mundo se desangra. No podemos predicar comodidad cuando el león ha rugido, y mucho menos pretender una huida cuando el mundo más nos necesita.

En estos tiempos, los verdaderos siervos de Dios serán probados. Algunos serán perseguidos. Otros serán enviados

como luz en medio de las zonas de guerra. La sangre de los mártires hablará más fuerte que nunca. Y los que estén cimentados en Cristo, aunque el mundo tiemble, no serán conmovidos.

Este segundo sello revela que la paz sin Dios es insostenible. El mundo ha querido construir una civilización sin el Cordero, y termina enfrentado consigo mismo. El rugido del León no es sólo juicio, sino también llamado: llamado a arrepentirse, a despertar, a interceder, a predicar.

El caballo rojo nos recuerda que la humanidad sin Cristo se autodestruye. Pero también nos anuncia que el Reino de Dios no será establecido por las armas del hombre, sino por el reinado soberano del Cordero. Los jinetes pasarán, pero el trono permanece. Y quienes se aferren al León, podrán caminar entre espadas sin temor, sabiendo que el que abrió los sellos también ha prometido que vendrá a poner fin a toda guerra.

EL TERCER SELLO

El caballo negro y la escasez

“Cuando abrió el tercer sello, oí al tercero de los vivientes que decía: "Ven". Miré y había otro caballo negro. El que lo montaba tenía en su mano una balanza. Luego oí cómo una voz en medio de los cuatro vivientes dijo: "Un denario por el kilo de trigo, un denario por tres kilos de cebada, pero no toques el aceite ni el vino.”

Apocalipsis 6:5 y 6

El tercer sello se abre y, como un eco oscuro que sigue al estruendo de la guerra, surge el hambre. El caballo negro irrumpe en la escena como un jinete silencioso pero devastador. No trae espada ni arcos, pero en su mano lleva una balanza. La imagen es clara: esta etapa representa crisis económica, escasez y desigualdad. Las guerras desatadas por el segundo sello dejan tras de sí destrucción, pero lo que viene ahora es más lento, más agudo, más prolongado: el hambre que consume y el sistema que oprime.

Este sello revela cómo la humanidad que quiso gobernarse a sí misma sin Dios, termina administrando con injusticia los bienes de la creación. La balanza del jinete no es símbolo de equidad, sino de racionamiento, inflación y dominio económico.

El color negro en la simbología bíblica suele estar asociado con el luto, la tristeza y la escasez. **Jeremías 14:2** describe a Jerusalén en juicio: *“ennegrecidas están por el hambre”*. Este caballo es, pues, el reflejo de una tierra que ha perdido su capacidad de sostener a sus habitantes. Pero más que un desastre natural, este hambre es el resultado de la corrupción humana, del juicio divino y de un sistema global colapsado.

El jinete sostiene una balanza, pero no para impartir justicia, sino para controlar la comida, regular los precios y someter al pueblo. Este símbolo habla de una economía gobernada por escasez, donde todo es calculado, contado y limitado. El hambre aquí no es casual, sino dirigida y gestionada por estructuras humanas que se han levantado contra el diseño de Dios.

Bíblicamente un denario era el salario de un día completo de trabajo. Lo que aquí se dice es que, en ese tiempo, una persona deberá trabajar todo el día para comprar apenas el pan de una sola comida. Y si quiere alimentar a su familia, tendrá que optar por una comida de menor valor nutricional, como ejemplo la cebada, tres medidas por el mismo precio.

Esto muestra una crisis de subsistencia, donde el esfuerzo no alcanza, donde el pan se convierte en un lujo, y donde la supervivencia reemplaza a la esperanza. No es solo hambre de comida, sino hambre de justicia, de verdad y de Dios.

Este pasaje nos recuerda que la economía global es una pieza clave en los juicios del fin. No hay guerra sin consecuencias, ni pecado sin fruto. Los sistemas que priorizan el lucro sobre la vida, que oprimen al pobre y enriquecen al impío, serán juzgados. Y ese juicio comienza con la balanza de la escasez.

Esta frase: “...*pero no dañes el aceite ni el vino.*” Es enigmática a primera vista, pero encierra una revelación profunda. Mientras el trigo y la cebada se racionan, el aceite y el vino, símbolos de lujo, gozo y unción, permanecerán intactos. Esto puede interpretarse de dos maneras:

Por un lado, muestra una desigualdad creciente: hay hambre para muchos, pero abundancia para pocos. Los bienes básicos escasean, pero los lujos se conservan. Esto representa la estructura perversa de un sistema donde los poderosos siguen celebrando mientras los pobres mueren de hambre. En este contexto, el juicio no es solo físico, sino también moral. El desequilibrio es intencional, promovido por quienes controlan los recursos desde las sombras.

Por otro lado, hay una señal de protección divina: aunque hay crisis, el aceite, símbolo del Espíritu Santo, y el vino, símbolo de la sangre de Cristo y del gozo del Reino, no pueden ser dañados. Esta interpretación nos lleva a ver que, en medio del juicio, el remanente fiel de Dios será sostenido con provisión espiritual. Mientras el mundo clama por pan, la Iglesia será alimentada por la presencia de Dios.

Aunque el tercer sello describe un evento profético escatológico, sus sombras ya se proyectan en nuestros días. Vivimos en un mundo de abundancia mal distribuida, donde unos tiran la comida y otros mueren de inanición. La inflación, el control económico, las monedas digitales, la especulación financiera y las políticas injustas son parte del preludio de lo que Apocalipsis describe. La humanidad, en su afán de gobernarse sin Dios, ha creado sistemas que multiplican el hambre en lugar de combatirla.

El hambre no es siempre falta de recursos: es muchas veces fruto de decisiones perversas. El caballo negro no solo representa una crisis alimentaria, sino el fracaso de una civilización sin valores eternos, sin temor de Dios y sin compasión.

En medio de esta escena de escasez y desesperanza, la Iglesia tiene un llamado urgente: no adaptarse al sistema del hambre, sino levantar la mesa del Reino. Jesús sigue siendo el Pan de Vida, y el Evangelio sigue siendo la comida que sacia al alma. En la casa del Padre siempre hay pan, por eso la Iglesia no debe temer. Al igual que los hebreos fueron preservados en Gosén, la Iglesia verdadera será preservada en todo tiempo, no sobre una nube, sino en el campo de batalla.

Cuando los recursos escasean, la Iglesia debe ser canal de generosidad. Cuando las estructuras colapsan, el pueblo de Dios debe testificar que el justo no mendiga pan. En medio

de la oscuridad del caballo negro, la luz de la fe, la solidaridad y el milagro pueden abrirse paso.

Este es un tiempo donde los creyentes deben actuar con sabiduría, vivir con generosidad, y predicar con valentía. El hambre del mundo no solo es física, sino espiritual, y solo Cristo puede saciarla plenamente.

Este tercer sello nos confronta con una verdad incómoda: cuando la humanidad rechaza al Dios proveedor, se queda sin pan ni esperanza. Pero para los que confían en el León, el rugido no es amenaza, sino anuncio. Anuncio de justicia, de advertencia y de promesa.

El caballo negro cabalga, pero el Cordero aún sostiene el libro en sus manos. La historia no está descontrolada: está siendo guiada hacia el desenlace eterno. Quienes escuchen el rugido del León y se alimenten de su Palabra, podrán resistir la escasez, alimentar a otros y señalar con fe que el Reino que viene no tendrá más hambre, ni llanto, ni injusticia.

EL CUARTO SELLO

El caballo amarillo y la muerte

“Y cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto viviente que decía: "Ven". Miré y he aquí un caballo pálido. El que lo montaba tenía por nombre 'Muerte', y el Hades lo seguía. Se les dio potestad sobre la cuarta parte del mundo para matar con espada, hambre, y con las fieras de la tierra.”

Apocalipsis 6:7 y 8

Con la apertura del cuarto sello, el estruendo del juicio se intensifica. Ya no es solo conquista, guerra o hambre lo que vemos. Ahora se abre paso el desenlace de todas las calamidades anteriores: la muerte misma. Este cuarto jinete no se disfraza. No es sutil. Su nombre es claro, su color es enfermizo, y su presencia es temida. Es el resultado final de un mundo que ha rechazado al Autor de la vida.

El León ha rugido una vez más. Esta vez, su rugido revela la fragilidad de la carne, el límite de la existencia humana cuando se vive de espaldas al Creador. La muerte cabalga, y con ella, el Hades la sigue como carro recogedor de almas. Aquí no hay apariencia de luz: es el oscuro clímax de la rebelión humana sin redención.

La palabra griega usada para describir el color del caballo es “*chloros*”, que también puede traducirse como “verde pálido”, “amarillento” o “verdoso”, similar al color del cuerpo sin vida, o al de una enfermedad avanzada. No es el color de la esperanza, sino de la descomposición, del desgano, de la fiebre y del final. Es el color de la humanidad cuando ha perdido la gloria de Dios, cuando se despoja de la vida verdadera.

Este caballo no representa una amenaza simbólica. Representa el azote literal de la muerte, amplificado por los efectos combinados de guerra, hambre, pestilencia y caos. Es la antesala del infierno, el umbral por el cual una generación entera puede caer si no oye el rugido del León y responde con arrepentimiento.

“El que lo montaba tenía por nombre Muerte... y el Hades le seguía.” Esta es la única vez que se da nombre explícito a un jinete: Muerte. No es una figura mitológica, sino la manifestación del juicio divino cuando el ciclo de autodestrucción humana llega a su punto más bajo. Y detrás de él, como un siniestro recolector, viene el Hades, el lugar de los muertos, el abismo que recoge las almas sin redención.

El orden es importante: primero la muerte física, luego la muerte espiritual. Primero cae el cuerpo, luego el alma se encuentra con su destino eterno. Este sello no solo habla de catástrofes físicas, sino del peligro eterno que corre toda alma que no ha sido sellada por el Cordero.

Aquí se revela la urgencia del mensaje del Evangelio. Este jinete no es el fin, pero sí el principio del fin para muchos. No hay mayor tragedia que morir sin Cristo, sin el perdón de Dios, sin la luz del Reino. La muerte, cuando no está vencida por el poder de la resurrección, se convierte en una puerta cerrada hacia la condenación.

“Y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra...” Este detalle escalofriante nos muestra la magnitud del juicio: la muerte masiva. Una cuarta parte de la humanidad está en la mira. No es un juicio parcial ni local, sino global, extendido, devastador. Dios no ha perdido el control: Él concede potestad temporal como acto de justicia y advertencia. Nada se escapa de Su soberanía, ni siquiera los juicios más terribles.

Esta cifra también puede ser entendida como un preludio, un aviso antes del juicio total. Es como si el cielo dijera: *“Si no despiertan con esto, lo peor aún está por venir.”* Es una misericordia severa que busca aún alcanzar a los que están en las tinieblas. Pero la dureza del corazón humano sigue resistiendo.

“Para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra.” Este jinete actúa como un compendio de los tres anteriores: Espada: guerra y violencia. Hambre: escasez y miseria. Mortandad: enfermedades, pestes y muerte natural o provocada. Fieras: incluso la creación misma se levanta en juicio.

Estos cuatro agentes representan una reversión del Edén. La tierra que fue dada para vida y abundancia, se ha convertido en campo de muerte. Las fieras, que en el Reino de Dios convivirán con el cordero (**Isaías 11:6**), ahora se levantan como instrumentos del juicio. Es la creación en rebelión contra los rebeldes.

No es solo juicio divino; es el resultado natural de una humanidad que ha cosechado lo que sembró. La tierra gime, y su gemido ahora se convierte en rugido. El León ha soltado al jinete para que el mundo vea a qué conduce su pecado.

La pregunta que deberíamos hacernos es: ¿Dónde está la Iglesia cuando la muerte cabalga? En medio de la escena más oscura, el remanente fiel sigue en pie. Los sellos no se abren sin propósito: el Cordero abre cada uno con autoridad, y los que están sellados por Él no serán confundidos ni destruidos.

La Iglesia no puede dormir mientras el mundo muere. Este es el tiempo de predicar con urgencia, de orar con fervor, de clamar con lágrimas y de vivir con santidad. La muerte se lleva a muchos, pero la vida eterna sigue disponible para todo aquel que invoque el nombre del Señor.

Donde abunda la muerte, debe sobreabundar la vida en Cristo. Cada mártir fiel que cae, testifica de la victoria sobre el Hades. Cada iglesia que ora, empuja hacia atrás las tinieblas. Cada cristiano que testifica, pone una semilla de

resurrección en la tierra árida. Este es el tiempo de levantar la voz, aunque sea en medio del valle de huesos secos.

La muerte cabalga, y el infierno la sigue. Pero el rugido del León de Judá no ha cesado. Él no está muerto. Él venció al sepulcro. Él tiene las llaves de la muerte y del Hades (**Apocalipsis 1:18**). Y ha prometido que el último enemigo será destruido para siempre.

Este cuarto sello nos sacude, nos despierta, nos confronta. Pero también nos fortalece: sabemos quién tiene el libro en las manos, quién abre los sellos, y quién ha vencido con sangre y resurrección. Por eso, aunque la muerte cabalgue, el Reino no retrocede. Aunque el infierno se abra, la Iglesia no se detiene. Porque el León ha rugido... y su voz aún tiene poder para resucitar a los muertos.

EL QUINTO SELLO

Los mártires bajo el altar

“Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansarían todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.”

Apocalipsis 6:9 al 11

La visión cambia radicalmente respecto a los sellos anteriores. Ya no aparece un caballo ni un jinete. Esta vez Juan contempla el cielo y presencia un clamor que brota desde lo profundo del altar celestial. Bajo este altar están las almas de aquellos que han sido muertos ***“por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían”***.

Este altar busca una clara figura en referencia al altar del sacrificio en el Antiguo Testamento. Allí, en el Tabernáculo, los sacerdotes ofrecían animales como sacrificios por el pecado. Pero ahora no se trata de corderos literales, sino de mártires, hombres y mujeres que dieron su vida como testimonio fiel del Evangelio. Bajo este altar están

aquellos que no amaron su vida hasta la muerte (**Apocalipsis 12:11**), los que entregaron su existencia como ofrenda viva.

El hecho de que sus almas estén “bajo el altar” indica que sus muertes no fueron olvidadas, ni deshonradas. Dios considera el derramamiento de su sangre como un sacrificio sagrado. No es una pérdida trágica sin sentido, sino una ofrenda preciosa delante del Señor.

Estas almas no están en silencio. Claman a gran voz. Su oración es clara: “*¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?*” Este clamor no nace del deseo de venganza humana, sino del anhelo de justicia divina. Los mártires anhelan que Dios se glorifique, que la maldad sea expuesta y castigada, que el Reino de justicia prevalezca. Ellos no buscan revancha; claman por la manifestación del carácter santo y verdadero de Dios.

Este “*¿Hasta cuándo?*” es una expresión profundamente profética. Lo encontramos en los salmos, en los profetas, e incluso en Jesús mismo, cuando anticipa los días de juicio. Es el clamor de los que sufren, el suspiro de los justos en medio de un mundo que parece gobernado por la injusticia. Es el grito de Abel cuya sangre aún clama desde la tierra (**Génesis 4:10**).

La respuesta del cielo es serena y soberana. A cada uno se le entrega una vestidura blanca. Este acto revela la justicia de Dios sobre sus vidas. Las vestiduras blancas representan

pureza, victoria y recompensa eterna. No son simples ropajes, sino símbolos de honra celestial.

Luego se les dice: *“descansen todavía un poco de tiempo”*. Dios no se ha olvidado. Su plan sigue en marcha. Hay un tiempo establecido para todo. Aunque ellos ya han sellado su testimonio con sangre, todavía hay otros que seguirán sus pasos. *“Hasta que se complete el número...”* indica que la obra del testimonio sigue, que la persecución aún no ha terminado, y que el Reino sigue avanzando a través de la fidelidad de los santos que continúan predicando a pesar de la persecución.

Este pasaje es profundamente consolador para los creyentes que viven en tiempos de oposición o sufrimiento. Muestra que Dios no es indiferente al dolor de su pueblo. Cada lágrima, cada sacrificio, cada pérdida por amor a Cristo es vista, registrada y honrada por el cielo. Es muy penoso que algunos interpreten esta fidelidad de los santos, como la única alternativa de los tibios que fueron abandonados en un rapto secreto y que deben sufrir la persecución por causa de no haber estado preparados para dicho rapto.

Amados, hemos visto la manifestación del anticristo, las guerras, el hambre, la muerte y la Iglesia todavía está en la tierra. Esta testificando con fidelidad y aunque sufre persecución y muchos mueren como mártires, los que queden seguirán con la obra de mantener vigente el Reino en sus vidas con toda fidelidad.

Este quinto sello es un recordatorio de que seguir a Cristo tiene un precio. A diferencia de los primeros cuatro sellos, que representan juicios en la tierra, este sello revela el precio que muchos pagarán por mantenerse fieles al Señor. El martirio no es una excepción en la historia de la Iglesia, sino una realidad presente desde el primer siglo.

En un mundo que se vuelve cada vez más hostil al Evangelio, este sello desafía a los creyentes a vivir con una perspectiva eterna. Nos recuerda que nuestra ciudadanía no es de este mundo, y que estamos llamados a ser fieles hasta la muerte (**Apocalipsis 2:10**). El rugido del León no siempre se manifiesta en milagros o triunfos humanos, sino en la fidelidad inquebrantable de sus hijos, aún en medio del sufrimiento.

En este sello no hay juicio visible sobre la tierra, sino una escena de profunda espiritualidad en el cielo. Pero en ella resuena el rugido del León de Judá: un rugido que afirma a los suyos, que viste de blanco a los que han vencido, que les asegura descanso, y que les promete justicia para ellos y para los que siguen adelante.

El rugido del León también se oye en medio de las lágrimas, en el altar del sacrificio, en el clamor de los mártires, y en el consuelo eterno del Padre. Este sello nos invita a mirar más allá de esta vida, a tener nuestra vista puesta en el galardón, y a entender que el sufrimiento por Cristo no es derrota, sino victoria.

EL SEXTO SELLO

Señales cósmicas y terror en la tierra

“Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?”

Apocalipsis 6:12 al 17

Hasta aquí, los sellos anteriores han revelado guerras, hambre, muerte, martirio y engaño. Pero el sexto sello irrumpe con una sacudida sin precedentes. Ya no se trata sólo de fenómenos sociales o espirituales, sino de un estremecimiento cósmico, geológico y emocional. El cielo y la tierra tiemblan ante la presencia del Dios Todopoderoso.

Este sello no es simplemente un terremoto natural. Es un lenguaje profético que comunica una intervención divina y global. Es un acto de juicio que trasciende lo físico, y desnuda el temor de los poderosos, quienes antes no temblaban ante nadie.

El sol, la luna y las estrellas como señales apocalípticas, son el lenguaje usado aquí como un eco de muchos pasajes proféticos. Joel, Isaías y Jesús mismo anunciaron estas señales como el preludio del día del Señor: ***“El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová.”*** (Joel 2:31). ***“Y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas.”*** (Mateo 24:29).

Estas imágenes hablan de colapso, caos y fin del orden conocido. El sol, símbolo de claridad, es oscurecido. La luna, que refleja la luz, se tiñe de sangre. Las estrellas caen como higos maduros sacudidos por el viento: lo alto es removido.

Esto no solo representa un juicio físico, sino también una desestabilización de estructuras espirituales y sistemas humanos que parecían inamovibles, pero Dios las sacude desde lo más profundo. El cielo se enrolla: el velo que se levanta

Apocalipsis dice que ***“el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla”***. Esta imagen es profundamente simbólica: en la antigüedad, los pergaminos contenían palabras, decretos y revelaciones. Al enrollarse, el cielo deja

de ocultar lo eterno. Es como si se levantara el velo entre el mundo visible y el invisible, y la humanidad es confrontada con la realidad de Dios. Ya no hay lugar para excusas, ideologías o relativismos. El rostro del que está en el trono se revela, y con Él, la ira del Cordero. El tiempo de la gracia está cediendo paso a los tiempos de juicio.

Es impactante la reacción universal: reyes, grandes, ricos, capitanes, poderosos, siervos y libres... todos por igual, buscan esconderse. Los que construyeron imperios, dominaron economías y reinaron sobre multitudes ahora tiemblan. No buscan arrepentimiento, sino esconderse. No claman a Dios, sino a las rocas.

El orgullo humano, en su momento cúspide, queda desnudo. El hombre que se creía autosuficiente reconoce que hay Uno más grande, Uno que juzga con justicia. La tierra entera confiesa: *“el gran día de su ira ha llegado”*.

Es notable que el juicio no viene sólo del trono, sino también del Cordero. Jesús, el que murió por amor, ahora juzga por justicia. El mismo que ofreció salvación sin precio ahora ejecuta sentencia sobre los que rechazaron su sacrificio.

La figura del Cordero juzgando nos recuerda que el amor rechazado también se convierte en justicia aplicada. Dios no pierde su carácter al juzgar. Al contrario, el juicio es una manifestación de Su santidad, Su paciencia colmada y Su fidelidad a los justos.

La escena culmina con una pregunta que atraviesa los siglos: *¿Quién podrá sostenerse en pie ante el día de su ira?* Esta pregunta no busca desesperar, sino despertar. Nos confronta con nuestra fragilidad, nuestra necesidad de salvación, y con la urgencia de estar firmes en Cristo.

Solo aquellos lavados por la sangre del Cordero, redimidos y sellados con el Espíritu Santo, podrán estar en pie en ese día. El juicio no es para atemorizar a los hijos de Dios, sino para confirmar su esperanza: ¡Dios no pasará por alto la injusticia, y traerá justicia perfecta!

El sexto sello nos muestra que no hay sistema, gobierno, economía o estructura humana que resista el rugido del León de la tribu de Judá. Todo lo que el hombre ha edificado con orgullo será sacudido. Es tiempo de discernir los tiempos, de humillarnos bajo la poderosa mano de Dios y de vivir preparados, con las lámparas encendidas.

Los juicios no son el fin, sino el eco de la redención en curso. Dios está preparando la tierra para la manifestación gloriosa de su Reino. Y mientras algunos correrán a esconderse, otros alzarán su rostro sabiendo que su redención está cerca.

EL SEPTIMO SELLO

La transición al juicio con trompetas

“Cuando abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora. Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas.”

Apocalipsis 8:1 y 2

El séptimo sello es el umbral entre el inicio de los juicios y su profundización. Tras seis sellos llenos de simbolismo, conflicto y estremecimiento mundial, el séptimo no trae un evento visible inmediato, sino un silencio sobrenatural. El cielo, lleno de alabanza incesante, se detiene. El trono donde resuena el clamor de los redimidos y la adoración de los ángeles, queda en un asombroso silencio durante media hora. Este lapso, aunque breve en términos humanos, es tremendamente significativo en el plano eterno.

Este silencio no es pasividad, es una pausa cargada de tensión sagrada. Es la expectación que antecede al acto más solemne del juicio divino. No es el silencio de la paz, sino el silencio del cielo conteniendo la respiración ante la magnitud de lo que está por desatarse.

Así como en el Antiguo Testamento se hacía silencio cuando Dios se preparaba para ejecutar juicio (**Habacuc 2:20; Sofonías 1:7**), aquí también el universo entero

reconoce la gravedad del momento. Este silencio es el rugido contenido del León de Judá, una pausa divina antes de que resuenen las trompetas que estremecerán la tierra.

Con la apertura del séptimo sello se inicia una nueva serie de juicios: “las siete trompetas”. Estos juicios no son otra serie diferente, sino que están contenidos dentro del último sello. En otras palabras, el séptimo sello abre paso a las trompetas, y las trompetas a su vez culminarán en las copas de la ira. Hay una progresión en severidad y propósito.

Los siete ángeles que están en pie ante Dios reciben trompetas, instrumentos usados en las Escrituras para llamar la atención, anunciar guerras o declarar eventos solemnes. Aquí, las trompetas anuncian juicios escalonados que afectarán la tierra, el mar, los ríos, los astros, y que tocarán dimensiones físicas y espirituales. Pero antes de que suenen, ocurre algo profundamente simbólico.

Un ángel distinto aparece, con un incensario de oro. Se le da mucho incienso para mezclarlo con las oraciones de los santos, que suben como perfume ante el trono. Este gesto es poderoso: las oraciones del pueblo de Dios no han sido ignoradas. Ellas están en el corazón del juicio. Cada clamor por justicia, cada súplica por la venida del Reino, cada intercesión derramada en lágrimas, es ahora parte activa del proceso divino.

Notemos que las oraciones suben porque los santos están orando en la tierra. Mientras que algunos creen que

durante todo este tiempo de los sellos, la Iglesia estará sobre las nubes, la Biblia dice que los hijos de Dios, no solo se mantendrán con fidelidad, sino que serán perseguidos, martirizados y aquellos que queden perseverarán con oraciones, ruego y súplicas desde la tierra.

El fuego del altar, símbolo de juicio y de la santidad de Dios, es luego lanzado a la tierra. Esto provoca truenos, voces, relámpagos y un terremoto. Es el prelude al estruendo de las trompetas. Este acto nos recuerda que el juicio de Dios está profundamente conectado con la santidad, la adoración y las súplicas de su pueblo. La justicia no es un acto frío, sino una respuesta santa a un clamor acumulado.

Dios no actúa apresuradamente. Antes de enviar juicio, hay una pausa, un silencio. Esto nos habla de Su paciencia, de Su justicia templada por la misericordia, y de Su perfecta soberanía. Aun en el juicio, Él es meticoloso y Soberano. El silencio de Dios no es ausencia, sino preparación. A veces, cuando todo parece estar en pausa, Dios está preparando algo mayor. El silencio puede ser la antesala del mover más impactante del cielo.

Las oraciones tienen peso eterno. Nada de lo que se ora conforme a Su voluntad cae en saco roto. En el tiempo de Dios, las oraciones son respondidas. Algunas, incluso, son respondidas como parte del juicio que purifica la tierra.

El León de la tribu de Judá no ruge en el séptimo sello con ruido, sino con silencio. Pero ese silencio es más

elocuente que mil palabras, porque anuncia que la plenitud del juicio está a punto de irrumpir en la historia.

Este momento es un llamado para el creyente a estar atento, a orar con mayor fervor, y a entender que los tiempos de aparente calma espiritual pueden esconder la inminencia de un mover divino poderoso. Las trompetas están listas. El silencio se romperá con el sonido del juicio. Y el mundo, una vez más, sabrá que el Cordero que abrió los sellos también es el Rey que juzga con justicia.

PARTE 2

LAS SIETE TROMPETAS

(Apocalipsis 8:2 – 11:19)



LA PRIMERA TROMPETA

Fuego y sangre sobre la tierra

“El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, y fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde.”

Apocalipsis 8:7

Con la apertura del séptimo sello, se introduce un nuevo ciclo de juicio: “las siete trompetas”. Estas no sólo intensifican el juicio ya iniciado con los sellos, sino que revelan una dimensión aún más directa y catastrófica de la intervención divina sobre el mundo. Mientras los sellos hablan de conflictos humanos, persecuciones y sacudimientos sociales, las trompetas introducen eventos con un claro sello sobrenatural y escatológico.

La imagen de un ángel tocando una trompeta no es sólo un símbolo de anuncio, sino también de alarma y convocatoria a la atención espiritual. En el Antiguo Testamento, las trompetas se usaban para convocar al pueblo, declarar guerra, o señalar la presencia de Dios (**Números 10:9 y 10; Joel 2:1**). En este contexto, Dios está convocando al mundo a considerar Su justicia, mientras simultáneamente derrama juicios para quebrar la soberbia humana y llamar al arrepentimiento.

El primer ángel toca su trompeta, y la visión estremece: granizo y fuego mezclados con sangre caen sobre la tierra, quemando la tercera parte de los árboles y toda la hierba verde. Esta descripción evoca escenas del juicio sobre Egipto, especialmente la séptima plaga (**Éxodo 9:23 al 25**), donde granizo y fuego destruyeron campos y árboles. Pero aquí, el juicio es global, no local; y su intensidad es proporcional al endurecimiento del corazón humano frente a Dios.

El granizo y el fuego representan juicio divino, castigo ardiente y devastación repentina. El granizo hiere y rompe, el fuego consume y arrasa. La mención de la sangre podría tener connotaciones tanto simbólicas como literales. Simbólicamente, habla de muerte, guerra, y juicio; literalmente, podría referirse a lluvias contaminadas, enfermedades o incluso a fenómenos cósmicos que traigan consecuencias de tal magnitud que provoquen gran mortandad.

Un detalle constante en los juicios de trompeta es el uso repetido de la expresión: *“la tercera parte”*. Esto nos muestra que, aunque los juicios son severos, no son totales. Dios no ha soltado aún toda Su ira: está dejando un margen de misericordia, un espacio para el arrepentimiento. El castigo parcial es una advertencia; es Dios hablando fuerte pero no en definitiva destrucción. Aún hay posibilidad de oír, responder y volver al Creador.

Este principio de juicio parcial nos recuerda el carácter de Dios que **“no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9)**. Cada trompeta es un llamado urgente a la humanidad: **“¡Despierten! ¡Vuélvanse al Señor antes de que llegue el final!”**.

La destrucción de los árboles y la hierba verde no es solo un daño ecológico; tiene una dimensión espiritual y profética. Los árboles y la hierba simbolizan la productividad, la belleza, la estabilidad y la esperanza del hombre en la tierra. La humanidad se siente segura cuando tiene alimentos, paisajes verdes y naturaleza bajo control. Pero cuando lo más básico se quiebra, la tierra fértil, la ilusión de autonomía humana se desmorona.

La economía, el comercio, la agricultura y la autosuficiencia del hombre moderno están siendo confrontadas en esta trompeta. En un mundo que ha elevado a la “madre tierra” a la categoría de deidad y ha ignorado al Creador, Dios responde con fuego que devora esa idolatría ecológica y la falsa seguridad en los recursos naturales.

Esta trompeta también puede hablar a nuestro corazón. ¿Qué pastos estamos cultivando? ¿Qué árboles hay plantados en nuestro jardín espiritual? La Escritura dice que el justo **“será como árbol plantado junto a corrientes de aguas” (Salmo 1:3)**. Pero si nuestros árboles son de apariencia sin raíz en Dios, si nuestro verdor es solo estético y superficial, vendrá el fuego y lo probará.

En esta hora, Dios llama a Su Iglesia a no confiar en su propio poder, influencia o apariencia verde. Es tiempo de estar arraigados en Cristo, de vivir una fe profunda, no decorativa. El fuego probará nuestra obra, y sólo lo eterno permanecerá (**1 Corintios 3:13 al 15**).

El juicio sobre la tierra con esta primera trompeta es una advertencia clara: Dios no está en silencio. Aunque muchos lo ignoren, el juicio avanza, el León ruge, y Su trompeta suena. A esta altura, la tierra estará siendo sacudida, no solo por cambios climáticos o desastres naturales, sino por una intervención divina que apunta a un desenlace inminente.

Iglesia preciosa, nosotros no debemos permitir que nuestro corazón se endurezca. No debemos mirar esto como algo lejano o simbólico. Estas realidades están más cerca de lo que creemos, y cada señal en la tierra nos debe recordar que los días son breves y que la plenitud del Reino está a las puertas.

“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.”

Hebreos 12:1 y 2

LA SEGUNDA TROMPETA

El mar convertido en sangre

“El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue lanzada al mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre; y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar; y la tercera parte de las naves fue destruida.”

Apocalipsis 8:8 y 9

El sonido de la segunda trompeta marca una intensificación dramática del juicio divino. La visión que Juan contempla es impactante: una gran montaña ardiendo en fuego es lanzada al mar, que por cierto, ocupa la mayor parte de la superficie terrestre. El apóstol Juan no está diciendo aquí que una montaña ardiendo cayó o se precipitó al mar.

Juan describe que era una masa, como si fuera una gran montaña ardiendo que se precipitó en el mar. Podría tratarse de un meteorito o un asteroide que, al penetrar en la atmósfera en estado incandescente causará un impacto tal que creará un oleaje de enormes Tsunamis que destruirá la tercera parte de las naves y barcos del mundo.

Al referirse aquí Juan a que ***“el mar se convirtió en sangre”***, podría tratarse de un acontecimiento conocido como marea roja, motivado por la contaminación masiva del

agua debido a la presencia de miles de millones de microorganismos muertos, causado por la colisión de la mencionada ***“gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar”***. Aunque también podría tratarse de sangre literal, como resultado directo del juicio de Dios, tal y como sucedió en una de las plagas del antiguo Egipto.

En el libro del profeta Jeremías leemos lo siguiente: ***“He aquí yo estoy contra ti, oh monte destructor, dice Jehová, que destruiste toda la tierra; y extenderé mi mano contra ti, y te haré rodar de las peñas, y te reduciré a monte quemado”*** (Jeremías 51:25). Esta masa literal cae a un mar literal y una tercera parte llega a ser sangre literal, y una tercera parte de todas las criaturas vivientes literalmente en una mar literal mueren una muerte literal. Nada puede ser más claro que todo esto. Yo procuro presentar también figuras y lecciones espirituales que debemos considerar, pero es claro que los juicios de Dios son claramente reales.

Por otro lado, no podemos ni imaginarnos el golpe que puede representar la pérdida de una tercera parte de los barcos, buques, navíos, petroleros, veleros, submarinos, etc., del mundo. Un golpe económico y un terrible impacto y drama social, por la pérdida de bienes pero, sobre todo, de miles de vidas humanas

Entendiendo esto, es que podemos observar espiritualmente que en la Biblia, la montaña representa estabilidad, autoridad y poder. No es casual que la montaña se describe en llamas, pues el fuego simboliza juicio,

purificación y destrucción. Cuando esta montaña cae al mar, se anuncia la caída de un poder sólido, aparentemente inamovible, que será consumido por el juicio divino.

En la antigüedad, las montañas también simbolizaban imperios o estructuras humanas de poder (**Isaías 2:2; Daniel 2:35**). Por eso, esta montaña ardiente puede representar un imperio o sistema mundial que se desploma, arrastrando consigo consecuencias catastróficas para el mundo.

El mar, en la Escritura, también es un símbolo poderoso y recurrente. Representa el caos primigenio, la multitud de naciones, y las fuerzas espirituales hostiles que se oponen al Reino de Dios (**Isaías 57:20; Jeremías 51:13**). Por eso, el hecho de que la masa ardiente caiga al mar no es un detalle accidental, sino también una declaración profética.

El mar que se convierte en sangre significa que la vida y el orden que en él habitan, serán contaminados y corrompidos por la justicia divina. La sangre, en la Biblia, está relacionada con la vida misma (**Levítico 17:11**), pero también con la muerte y el juicio (**Éxodo 7:20 y 21**).

Este mar de sangre anuncia la devastación de las estructuras nacionales, sociales y espirituales que se sustentan en el pecado, la violencia y la rebeldía contra Dios. Es un llamado a ver que las consecuencias del juicio no solo afectan lo físico, sino también la esfera espiritual.

Pero debo ser claro, que este juicio es severo y tangible. La muerte de una tercera parte de la vida marina implica una catástrofe ecológica sin precedentes, afectando la biodiversidad, el equilibrio ecológico y, por ende, la economía y sustento humano que depende del mar.

Pero nuevamente, este número, “*una tercera parte*”, tiene un significado teológico. Repite el patrón de juicio parcial que Dios emplea a lo largo de Apocalipsis para dejar espacio a la misericordia y a la oportunidad de arrepentimiento. No es un exterminio total, sino un golpe serio y doloroso. Este detalle subraya la soberanía divina: Dios permite el juicio pero no deja que sea absoluto, manteniendo la puerta abierta para la salvación y la esperanza.

El mar no solo es hábitat de la vida, sino también vía de transporte y comercio. La destrucción de una tercera parte de las naves refleja un impacto económico profundo: comercio intercontinental, transporte de bienes, comunicación entre naciones y, en sentido espiritual, la caída de los sistemas que sostienen la influencia humana.

La pérdida de la tercera parte de las naves implica también el colapso de las alianzas, la inseguridad en los mares y la ruptura de la estabilidad económica global. Es una advertencia clara de que el juicio de Dios afecta directamente las estructuras que la humanidad usa para mantener su poder y bienestar.

Más allá del aspecto literal y profético, esta trompeta nos desafía a mirar hacia adentro y preguntarnos: ¿Qué “mares” están en nuestra vida personal y espiritual? ¿Qué aspectos están siendo contaminados o afectados por el pecado, la corrupción o la desobediencia? El mar también simboliza el alma humana en la Biblia, que puede estar tranquila o agitada por tormentas. Este juicio nos invita a examinar nuestras propias “aguas internas”, a permitir que el fuego de Dios purifique y consuma todo lo que no es de Él.

Esta trompeta muestra la justicia de Dios como soberana, implacable y a la vez llena de misericordia. Los juicios no son aleatorios ni injustos, sino parte del plan divino para purificar la tierra y preparar el camino para el Reino eterno.

A pesar de la devastación anunciada, el hecho de que sólo sea una tercera parte indica que Dios aún mantiene la esperanza y la oportunidad para que el hombre se arrepienta y vuelva a Él. La Iglesia debe recordar que en medio de la oscuridad, Dios sigue siendo refugio y fortaleza para sus hijos.

El rugido del León de Judá resuena en este juicio para sacudir el orgullo humano, para romper la autosuficiencia y para llamar a la conversión. Es un rugido que anuncia justicia, sí, pero también un llamado urgente al arrepentimiento y la entrega total a Cristo.

LA TERCERA TROMPETA

Ajenjo y aguas amargas

“El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo, y muchos hombres murieron por las aguas, porque se habían hecho amargas.”

Apocalipsis 8:10 y 11

La tercera trompeta comienza con la dramática caída de una “gran estrella”, ardiendo como una antorcha, quizá un cometa, dado que a su paso va dejando una estela gigante, se desintegrará al aproximarse a la tierra y los escombros contribuirán a contaminar aún más el planeta.

Aquí Juan denomina a esta estrella con un extraño nombre. “Ajenjo”. ¿Qué significa esto? El ajenjo es una sustancia amarga y venenosa que se obtiene de una raíz. Aunque normalmente no causa la muerte, produce ebriedad y enajenación. Pero los israelitas las temían por su amargura. Dice el libro de **Deuteronomio 29:17**, que el ajenjo era el fruto de la idolatría. Dios amenazó a los falsos profetas por medio de Jeremías de que les haría comer ajenjo y beber agua

envenenada (**Jeremías 9:14, 23:15**). El ajeno representa, pues, la amargura del juicio de Dios sobre los desobedientes.

En este caso, el ajeno causará la contaminación del agua dulce y eso sólo significa una cosa: muerte y sequía. Si algo necesita el ser humano es el agua. Sin agua no es posible la vida, ni el cultivo, ni la producción industrial, ni muchas de las actividades cotidianas humanas. ¡Cuánto depende el hombre del agua de los ríos! Y aquí tenemos que el juicio de Dios caerá sobre este vital y precioso elemento llamado agua.

Israel tuvo, hace ya miles de años, una experiencia similar tras huir de Egipto y cruzar el Mar Rojo; llegaron a un lugar llamado Mara y, sedientos como estaban, se encontraron con que las aguas eran amargas. Moisés, el líder del pueblo judío, oró a Dios y éste le indicó que tomara un árbol y lo arrojara en las aguas amargas para que se convirtiesen en dulces. Y vemos que ahora sucede exactamente lo contrario. Durante la Gran Tribulación, las aguas dulces se convertirán en amargas debido a la contaminación producida por un meteorito o cometa.

Esto sucederá literalmente, pero también encontramos en la caída de esta “gran estrella”, una imagen profundamente simbólica y al mismo tiempo visualmente impactante. Es por esto que trato de dar un enfoque espiritual y a la misma vez natural y lógico, conforme a lo que vemos escrito.

La caída de esta estrella en muchos casos, los eruditos la interpretan como la caída de un poder espiritual, porque las

estrellas en las Escrituras frecuentemente representan seres angelicales, gobernantes o potestades espirituales (**Apocalipsis 1:20; Daniel 8:10**). Sin embargo, debo reiterar que estas cosas ocurrirán como están escritas porque Dios no da a entender que solo son sucesos espirituales, aun así, es claro que podemos encontrar valiosas profundidades espirituales que nos conduzcan a la prudencia y la pasión.

La estrella está “ardiendo como antorcha”, lo que intensifica la imagen del fuego purificador y destructor. El fuego en la Biblia simboliza tanto la santidad y pureza de Dios como el juicio severo que elimina lo impuro (**Hebreos 12:29**). Pero debemos ser claros, este elemento ardiente no solo cae, sino que su fuego toca las fuentes y ríos, elementos esenciales para la vida humana. El juicio no es superficial ni parcial, sino que afecta profundamente la fuente misma del sustento físico y espiritual.

Convertir las aguas en ajeno indica que los recursos que la humanidad considera como fuentes de vida y sustento, se vuelven amargos y dañinos. El agua, símbolo universal de vida, ahora es causa de muerte y sufrimiento. Este juicio es especialmente severo porque ataca el sustento básico de la vida, el agua potable, poniendo en peligro la salud, la vida y la estabilidad de las comunidades.

Como en las trompetas anteriores, el juicio es parcial: afecta nuevamente a “*una tercera parte*” de los ríos y fuentes de agua. Esto muestra la intención divina de juzgar sin

aniquilar completamente, permitiendo un espacio para el arrepentimiento y la conversión final.

Sin embargo, las consecuencias son graves: **“muchos hombres murieron por las aguas, porque se habían hecho amargas”**. No se trata solo de una incomodidad o molestia, sino de muerte real y sufrimiento. Esto subraya la gravedad del pecado y la seriedad del juicio divino.

Más allá del aspecto físico, este juicio tiene un profundo significado espiritual. El agua simboliza el alma, la vida interior y la verdad (**Juan 4:14; Efesios 5:26**). El ajeno representa todo aquello que contamina, amarga y destruye el alma: el pecado, la falsa doctrina, el engaño, la rebelión contra Dios.

Este sello revela el delicado equilibrio entre la justicia y la misericordia de Dios. Él juzga, sí, y su juicio es severo y causa muerte. Pero al limitar el juicio a **“una tercera parte”**, mantiene abierta la puerta a la esperanza y al arrepentimiento.

Este juicio sirve para llamar la atención del hombre endurecido, para quebrantar la autosuficiencia y la rebelión. Es un llamado a abandonar las falsas fuentes de vida y volver a beber de las aguas vivas que solo Cristo ofrece (**Apocalipsis 22:1**).

El rugido del León se escucha en esta trompeta como una advertencia urgente para la humanidad y la Iglesia. No podemos ignorar las señales de juicio ni vivir en

complacencia. El peligro es real, la corrupción espiritual y moral afecta el alma y la sociedad.

Este mensaje nos llama a la santidad, a la purificación y a la fidelidad. Nos desafía a cuidar las fuentes de nuestra vida espiritual y a evitar la contaminación del corazón que lleva a la amargura y a la muerte. Esta tercera trompeta es un llamado a la conciencia profunda y al arrepentimiento genuino. Nos alerta sobre la seriedad de la contaminación espiritual y la justicia de Dios que purifica con fuego y amargura.

La invitación para la Iglesia, es beber de las aguas puras que brotan del trono de Dios y del Cordero. Mientras el mundo tendrá que sufrir la amargura de las aguas, la Iglesia se sostendrá en el dulce río del Espíritu Santo. Esto no implica disfrute, porque el dolor acechará de manera brutal, pero significará supervivencia y esperanza. La Iglesia en todo caso, debe cuidar su comunión espiritual con el León que ruge por justicia y salvación.

“...Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.”

Apocalipsis 2:10

LA CUARTA TROMPETA

Oscuridad y juicio sobre los cielos

“El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciera la tercera parte de ellos, y no resplandeciera la tercera parte del día, y la noche igualmente.”

Apocalipsis 8:12

El sonido de la cuarta trompeta nos traslada del ámbito terrestre a la vastedad del cosmos. La imagen es majestuosa y aterradora: una tercera parte del sol, la luna y las estrellas son heridas y oscurecidas. Esto indica un juicio que no se limita a las fronteras de la tierra o a los reinos humanos, sino que afecta el orden universal establecido por Dios desde la creación.

Desde **Génesis 1**, el sol, la luna y las estrellas fueron creados para separar el día de la noche, para marcar tiempos, estaciones y para ser señales. Son elementos vitales que sustentan la vida y el orden en el planeta. La alteración de estos cuerpos celestes representa la ruptura del orden natural y una señal clara de la intervención soberana y poderosa de Dios en la historia humana.

Dios reducirá en una tercera parte la luminosidad de los cuerpos celestes. La pérdida de luz y calor solar producirá, inevitablemente, una reducción radical de la temperatura, produciendo cambios drásticos en la meteorología y en los ciclos biológicos y botánicos. Sin embargo, esta medida será temporal. Pero veremos hasta qué punto, los seres humanos, los animales y los vegetales pueden ser afectados por esta situación.

El libro del Génesis relata que fue en el cuarto día de la creación cuando estos cuerpos celestiales aparecieron. Habían sido creados antes, pero fue entonces cuando fueron iluminados; y ahora es como si esta luz fuera disminuida en una tercera parte.

Dios había permitido que estas luces iluminaran, la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche (**Génesis 1:16**). Estas lumbreras también eran para servir de señales para las estaciones (**Génesis 1:14**). El Señor indicó que en la Gran Tribulación habría señales especiales en los cuerpos celestiales.

Él mencionó este tema en el evangelio de **Mateo 24:29**, donde dice: *“E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas”*. En esta trompeta, las leyes de la naturaleza se verán severamente alteradas

debido a esta ausencia de la luz solar. Diría que Dios apagará en gran medida y de manera literal las luces de la tierra.

Ahora bien, si observamos los significados bíblicos de los elementos y las figuras espirituales, veremos que el sol es la fuente principal de luz y calor en la tierra. Es símbolo de autoridad, poder y revelación. En la Biblia, a menudo se relaciona con la justicia y la gloria de Dios. Por ejemplo, en **Malaquías 4:2**, Dios es comparado con un Sol de justicia que trae sanidad. Cuando el sol es herido y pierde una tercera parte de su luz, significa una disminución en la manifestación visible de poder y verdad.

Por su parte, la luna refleja la luz del sol y marca las fases y ciclos. Simboliza la autoridad reflejada y los tiempos establecidos por Dios. La disminución de la luz lunar indica un desequilibrio en la percepción y el orden natural, lo que puede entenderse también como la pérdida de claridad en los ciclos sociales, políticos y espirituales.

Las estrellas representan constancia, guía y a menudo a los ángeles o potestades celestiales (**Apocalipsis 1:20**). La disminución de su luz es una señal de desorientación y la pérdida de guía, tanto para las naciones como para la Iglesia. Es un anuncio de caos espiritual y confusión.

La reducción de la luz en una tercera parte es una clara señal de que el juicio divino afecta no solo a la humanidad sino a la creación entera. Este acontecimiento señala la ruptura del equilibrio que Dios instauró. El día y la noche

pierden parte de su normalidad, generando un desequilibrio que repercute en todos los seres vivientes.

En la naturaleza: Los ciclos biológicos y agrícolas dependen del sol y la luna. La alteración del ciclo día-noche puede provocar desajustes en la agricultura, afectando cultivos y fauna. En la humanidad: La luz es necesaria para toda actividad. Oscurecer una tercera parte del día y la noche puede generar temor, desorientación, inseguridad y caos social. Sin duda, esta perturbación es un llamado a la humanidad para reconocer la soberanía de Dios sobre toda la creación y la necesidad de arrepentimiento.

Este juicio encuentra paralelos en otros pasajes bíblicos que anuncian señales cósmicas antes del día del Señor: **Joel 2:31** dice: *“El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová”*. **Mateo 24:29** afirma: *“El sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo”*. **Isaías 13:10** menciona que *“El sol se oscurecerá en su salida, y la luna no hará resplandecer su luz”*. Estos pasajes nos muestran que el oscurecimiento es una señal del juicio y del inminente cumplimiento de las profecías escatológicas.

La pérdida parcial de la luz natural simboliza también la pérdida de la luz espiritual. La oscuridad aquí es un símbolo de confusión, falta de dirección y engaño. En tiempos de crisis espiritual, la verdad se oscurece y la falsedad se extiende.

El cristiano debe estar atento a este mensaje: cuando la luz natural decae, la luz espiritual debe brillar con mayor fuerza. Jesús mismo se presenta como la luz del mundo (**Juan 8:12**), y en medio de la oscuridad profetizada, es la esperanza y guía para los fieles.

Además, este acontecimiento es una advertencia contra las falsas autoridades y los sistemas de poder que pretenden gobernar sin reconocer a Dios. El oscurecimiento de las estrellas, muestra que ningún poder terrenal o espiritual podrá resistir el juicio divino.

La disminución del día y la noche implica una alteración en los ritmos naturales que afectan directamente la vida diaria. Por ejemplo la agricultura, ya que los cultivos que dependen de la luz solar sufrirán alteraciones, lo que puede provocar escasez y hambre. El clima, ya que los patrones climáticos pueden descontrolarse por la interrupción en los ciclos naturales.

La salud humana, ya que la falta de luz afecta los procesos biológicos que ocurren en ciclos de aproximadamente 24 horas, influenciados por la luz y la oscuridad. El sueño y la salud mental pueden ser brutalmente afectadas. Por otra parte, los transportes y el tiempo, ya que la oscuridad parcial dificultará el desplazamiento de un lado a otro y alterará la medición del tiempo. Estas consecuencias muestran que el juicio de Dios no es solo simbólico, sino tangible y real, afectando todas las dimensiones de la existencia.

Aunque la trompeta anuncia juicio y oscuridad, también es un llamado a volverse a Dios. Nuevamente, la limitación del juicio a **“una tercera parte”**, demuestra la misericordia divina y la posibilidad de arrepentimiento. Los hijos de Dios, estamos llamados a mantener la fe y la esperanza en nuestro Señor, así como ser luz en medio de la oscuridad, reflejando la verdad y la justicia divina.

El León de Judá ruge en medio de la oscuridad cósmica, anunciando que Su justicia es ineludible pero que Su luz no se extingue. Él es la luz verdadera que ni el juicio ni la oscuridad pueden apagar. Sin duda, esta trompeta nos desafía a examinar nuestra dependencia de las luces terrenales y a buscar la luz celestial, a permanecer firmes y ser un testimonio vivo de la esperanza que no conoce sombra.

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

Mateo 5:14 al 16

LOS TRES AYES

Juicio y advertencia final

“Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles!”

Apocalipsis 8:13

Este anuncio abre un nuevo nivel de juicio divino, más severo que los anteriores. Cada uno de los tres ayes revela una dimensión escalofriante del castigo de Dios sobre la humanidad rebelde, y una advertencia solemne a quienes aún tienen la oportunidad de arrepentirse antes del fin. Las primeras cuatro trompetas son tremendas, pero las tres que siguen serán un nuevo nivel de juicio. Es por esto que no puedo dejar de mencionar estos tres lamentos angelicales.

A estas trompetas las analizará más detalladamente como a todas las anteriores, pero aquí necesito detallar la importancia de estos lamentos de gran advertencia.

Primer ay: La invasión de langostas demoníacas.
(Apocalipsis 9:1 al 12)

Como veremos en el capítulo siguiente, el sonido de la quinta trompeta, se abrirá un pozo sin fondo del cual surgirá

un humo denso, y de ese humo emergerán criaturas semejantes a langostas, pero no serán insectos comunes; sino fuerzas demoníacas desatadas para atormentar a la humanidad durante cinco meses. No pueden tocar la vegetación ni dañar a los que tienen el sello de Dios en sus frentes, pero infligen un tormento tan severo que los hombres buscarán la muerte y no la hallarán.

Este juicio nos recuerda que, sin la cobertura divina, el ser humano queda vulnerable a las fuerzas espirituales de las tinieblas. La liberación de estas langostas no es un simple fenómeno natural, sino un acto de juicio espiritual: Dios permite que el mundo pruebe el amargo fruto de su rebelión, entregándolo a la opresión demoníaca que tanto tiempo ha buscado inconscientemente a través del pecado.

Segundo ay: Cuatro ángeles desatados y la mortandad de un tercio de la humanidad.

(Apocalipsis 9:13 al 21)

Al sonar la sexta trompeta, se oye una voz ordenando la liberación de cuatro ángeles caídos que habían estado atados en el gran río Éufrates. Al ser soltados, dirigen un ejército demoníaco colosal, causando la muerte de un tercio de la población mundial. El texto describe caballos con cabezas semejantes a leones, de cuyas bocas salen fuego, humo y azufre, elementos que simbolizan destrucción y juicio inminente.

Este segundo ay revela que el pecado no solo trae tormento, sino muerte masiva y devastación sin precedentes.

Sin embargo, a pesar de la magnitud del castigo, el pasaje concluye con una nota desgarradora: ***“Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron...”*** (Ap. 9:20).

La dureza del corazón humano alcanza aquí su clímax, mostrando que incluso frente al juicio más terrible, muchos persistirán en sus obras malas y en la adoración de los demonios y los ídolos.

Tercer ay: El fin del juicio y el establecimiento del Reino de Cristo.

(Apocalipsis 11:14 al 19)

El tercer ay no es un juicio aislado, sino el clímax de todos los juicios anteriores. Tras sonar la séptima trompeta, se anuncia en el cielo que ***“los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y Él reinará por los siglos de los siglos”*** (Apocalipsis 11:15).

Este ay marca el fin definitivo de la rebelión humana y la consumación del plan de Dios para la historia. Las naciones se llenan de ira, pero la ira de Dios es mayor. El templo celestial se abre, el arca del pacto es vista, y los relámpagos, truenos y terremotos anuncian que el León de la tribu de Judá ha tomado Su lugar en el trono para juzgar y reinar.

A diferencia de los dos primeros ayes, este no trae solamente tormento y muerte, sino la victoria final de Cristo

sobre todo poder maligno. Es el último gran ay para los enemigos de Dios, pero la gran esperanza para los santos que claman por justicia.

Los tres ayes del Apocalipsis son un clamor del cielo hacia la tierra: “*¡Arrepentíos antes de que sea demasiado tarde!*”. Cada uno muestra un aumento progresivo de la severidad del juicio, revelando que Dios no toma a la ligera la rebelión del mundo contra su autoridad. Sin embargo, aun en medio de estos juicios, el Señor sigue extendiendo oportunidades para la salvación.

Para los hijos de Dios, estos pasajes son una advertencia, pero también un llamado a la confianza y la perseverancia. Aquellos que llevan el sello del Altísimo pueden descansar seguros en la promesa de protección y victoria final. Al sonar la última trompeta, el León de la tribu de Judá rugirá con autoridad definitiva, y ningún enemigo podrá permanecer en pie ante Su gloria.

LA QUINTA TROMPETA

El abismo abierto y la plaga demoníaca

“El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que había caído del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como el humo de un gran horno; y el sol y el aire se oscurecieron a causa del humo del pozo. Y del humo salieron langostas sobre la tierra, y se les dio poder como de escorpiones de la tierra. Y se les dijo que no dañaran la hierba de la tierra, ni ninguna cosa verde, ni ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tienen el sello de Dios en la frente.”

Apocalipsis 9:1 al 4

El quinto ángel introduce una escena profundamente simbólica y escalofriante: una “estrella caída” recibe la llave del pozo del abismo. La estrella, en Apocalipsis, suele representar un ángel o un ser celestial (**Apocalipsis 1:20**). Su caída indica la pérdida de su posición celestial o la entrega de autoridad para ejecutar juicio.

La entrega de la “llave del abismo” implica un control divino absoluto sobre las fuerzas del mal. Aunque el abismo está lleno de horrores y espíritus malignos, nadie puede liberarlos sin la autorización de Dios. Esta escena nos

recuerda que el juicio divino está en manos soberanas y que incluso el mal está bajo la supervisión del Todopoderoso.

El abismo o “pozo del abismo” es la prisión de demonios y espíritus malignos (**Lucas 8:31; Romanos 10:7**). Abrirlo representa la liberación temporal de fuerzas oscuras para castigar a la humanidad rebelde.

El humo que sube del pozo como de un gran horno simboliza la emanación del juicio severo y la contaminación espiritual que oscurece el sol y el aire, afectando el ambiente físico y espiritual. Este juicio implica sufrimiento visible y palpable. De este humo emergen langostas, pero no simples insectos: son criaturas con características demoníacas y aterradoras, con poder “como de escorpiones de la tierra”. Su descripción incluye colas que causan dolor, coronas como de oro, rostros humanos y voz de león, resaltando su naturaleza sobrenatural.

Este ejército simboliza las consecuencias del juicio espiritual sobre aquellos que han rechazado a Dios. No atacan la vegetación ni lo natural, sino a “los hombres que no tienen el sello de Dios en la frente”, es decir, los incrédulos y rebeldes.

El “sello en la frente” es un símbolo bíblico de propiedad, protección y fidelidad a Dios (**Éxodo 13:9; Ezequiel 9:4 al 6**). Quienes llevan el sello están preservados del juicio que cae sobre el mundo incrédulo. Esto subraya la importancia de la relación personal con Dios, la pertenencia

al pueblo de Dios y la protección espiritual que brinda la fe y la obediencia.

El tormento causado por las langostas es intenso pero no mortal: causan dolor semejante al de los aguijones de escorpiones, pero no causan muerte directa. Esto apunta a un juicio diseñado para llevar al arrepentimiento mediante el sufrimiento y el reconocimiento del juicio de Dios. La duración de este tormento es limitada: cinco meses, lo que resalta la temporalidad y la oportunidad de arrepentimiento. Es una advertencia severa, no un castigo eterno.

Las langostas demoníacas representan las consecuencias visibles y espirituales de la rebelión contra Dios. En sentido espiritual, pueden simbolizar: El avance del mal, la persecución y el sufrimiento en el tiempo de tribulación. Ataques espirituales que la Iglesia también tendrá que resistir. El juicio divino que busca purificar la tierra y llamar a la humanidad al arrepentimiento.

Para la Iglesia, este pasaje es un llamado a permanecer fiel, a confiar en la protección divina y a vivir en santidad para llevar el sello de Dios en la frente. Aunque la escena es aterradora, es vital recordar que toda esta potestad es controlada y autorizada por Dios. El mal no actúa por cuenta propia, sino bajo el permiso y propósito divinos.

Esto nos asegura que, aun en las circunstancias más difíciles, Dios está en control absoluto y que Su juicio es justo y necesario para la purificación final del mundo.

El rugido del León de Judá resuena con fuerza en esta trompeta, recordándonos que Dios no tolerará la rebelión indefinidamente. Este juicio es un llamado urgente a volver a Él, a buscar Su misericordia y a tomar refugio en el Cordero. El tormento es una advertencia que debe mover a la Iglesia y al mundo a la reflexión profunda, al arrepentimiento genuino y a la preparación para el Reino venidero.

Esta quinta trompeta es una manifestación clara del juicio soberano de Dios sobre un mundo rebelde, pero también una oportunidad para que los perdidos se vuelvan al Salvador. Es un capítulo que muestra la seriedad del rechazo a Dios y la justicia inexorable que sigue, pero también la misericordia divina que limita el juicio y ofrece redención.

LA SEXTA TROMPETA

El ejército de los jinetes y la muerte masiva

“El sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz que salía del altar del templo que estaba en el cielo, la cual decía al sexto ángel que tenía la trompeta: Suelta a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates. Y fueron soltados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, el día, el mes y el año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres. Y el número del ejército de los jinetes era de doscientos millones; y oí el número de ellos. Y así vi caballos en visión, y a los que los montaban, que tenían corazas de fuego, de jacinto y de azufre; y las cabezas de los caballos eran como cabezas de león; y de sus bocas salían llamas, humo y azufre. De estas tres plagas morían la tercera parte de los hombres.”

Apocalipsis 9:13 al 19

El toque de la sexta trompeta se acompaña de una voz que procede del altar celestial, lo que indica que este juicio tiene una autoridad suprema y es parte del plan divino ordenado y justo. El altar es símbolo de intercesión y justicia (**Hebreos 9:14**), y la voz que ordena *“soltar a los cuatro ángeles”*, resalta la precisión del tiempo y la intención en el juicio. Este momento revela que no hay casualidad en el juicio: está preparado “para la hora, el día, el mes y el año”,

señalando un control soberano y perfecto sobre los tiempos finales.

Los cuatro ángeles están “atados” y “preparados” para ser liberados en un momento específico, lo que implica que son ángeles apisionados por su mal, y que su poder estaba contenido hasta que llegara la hora señalada por Dios. El río Éufrates, uno de los grandes ríos de la antigua Mesopotamia, tiene un significado geopolítico y simbólico: marca el límite oriental del mundo conocido en tiempos bíblicos, y es símbolo de poder y juicio.

La pregunta sería: ¿por qué estaban ellos atados en ese lugar en particular, junto al río Éufrates? Aunque esto es algo difícil de explicar, la importancia de esta zona en las Escrituras no puede ser dejada de lado. El jardín del Edén se encontraba en alguna parte de esta área. Allí comenzó el pecado de la humanidad, y allí se cometió el primer asesinato. Allí se llevó a cabo la primera guerra, y allí fue donde comenzó el Diluvio y se extendió sobre toda la Tierra. Y aquí es donde se erigió la Torre de Babel. A esta zona fueron llevados los israelitas a sufrir la cautividad babilónica. Babilonia fue la fuente de la idolatría, y aquí tenemos la ola final del pecado que cubrirá la Tierra durante el período de la Gran Tribulación

Soltar a estos ángeles del mal, significa liberar fuerzas poderosas y destructivas que llevarán a cabo un juicio dramático sobre la humanidad rebelde. El juicio que traen los cuatro ángeles no es parcial ni leve: se describe una vez más,

como la muerte de la tercera parte de la humanidad. Este número reiterado muestra que el juicio divino es serio, contundente y de gran impacto, pero aún no es total.

Este castigo es consecuencia directa de la rebelión persistente de los hombres que no se arrepienten, reflejando la justicia de Dios contra el pecado y la desobediencia. El pasaje describe un vasto ejército, compuesto por doscientos millones de jinetes, un número abrumador que indica la magnitud del juicio. La visión de caballos con corazas de fuego, jacinto y azufre, así como cabezas semejantes a las de león, genera una imagen terrorífica y poderosa.

Las llamas, el humo y el azufre que salen de sus bocas recuerdan la ira ardiente y el juicio divino, haciendo eco de las plagas del Antiguo Testamento y simbolizando la destrucción total.

Este ejército puede interpretarse como: Fuerzas espirituales y demoníacas enviadas por Dios para ejecutar juicio. Ejércitos humanos o coaliciones bélicas bajo la influencia satánica en los tiempos finales. Una visión apocalíptica que simboliza el juicio divino sobre la rebelión y la injusticia. En cualquier caso, el mensaje es claro: Dios permite este juicio para purgar la tierra del pecado y preparar el camino para su Reino.

Aunque la visión es de destrucción, el propósito último del juicio es llamar al arrepentimiento y al reconocimiento del soberano poder de Dios. La repetición del número

“tercera parte” en Apocalipsis enfatiza la oportunidad que Dios da para volver a Él antes de un juicio final e irrevocable. Este juicio es severo, pero también temporal, lo que revela la misericordia de Dios incluso en medio de tanto dolor.

Para la Iglesia contemporánea, este pasaje es una exhortación a: Reconocer que los juicios divinos son reales y justos. Debemos orar por estos eventos por venir. Debemos permanecer firmes en la fe y en la obediencia. Orar por la protección y la salvación de los que aún no conocen a Cristo, pero son escogidos. Vivir en santidad y preparación ante la inminencia del regreso de Cristo.

El rugido del León de Judá se manifiesta en esta trompeta con poder y autoridad. Dios no es indiferente ante la rebelión del hombre, y Su justicia se ejecuta con precisión y fuerza. Sin embargo, Su plan es redentor, buscando purificar la tierra para un pueblo santo y preparado.

La sexta trompeta presenta un juicio intenso y aterrador, pero también un mensaje de esperanza para los que llevan el sello de Dios. Es un recordatorio de que, aunque el mundo enfrente calamidades, Dios permanece soberano y su Reino definitivo está por venir.

INTERLUDIO PROFÉTICO

Dos testigos, un libro dulce y amargo, el templo medido

Entre la sexta trompeta que hemos analizado, y la séptima trompeta que también analizaremos con más detalle, el Espíritu Santo introduce una pausa sagrada, un interludio profético que no puedo pasar por alto, porque no es un descanso en medio del caos, sino una revelación estratégica del corazón y del plan de Dios.

Este interludio muestra tres visiones claves: el templo medido, el pequeño libro que es dulce y amargo, y los dos testigos. Cada una responde a una pregunta crucial en medio de la tribulación: ¿Quiénes son verdaderamente el pueblo de Dios en tiempos de juicio? ¿Qué mensaje debe ser proclamado mientras el mundo se derrumba? ¿Cuál será el papel de la Iglesia y de los siervos de Dios antes del fin?

El templo medido: preservación del remanente y juicio a lo profano

“Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir, y se me dijo: Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte, y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles; y ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses.”

Apocalipsis 11:1 y 2

Juan recibe una caña semejante a una vara de medir y una instrucción específica. Este acto simbólico tiene raíces en el Antiguo Testamento. En **Ezequiel 40–43**, un ángel mide el templo para mostrar la santidad y el orden de la casa de Dios. Medir no es solo calcular dimensiones, es marcar propiedad, definir límites y separar lo santo de lo profano.

En este contexto, el Señor está mostrando que, aun en medio de la gran tribulación, Él sabe quiénes son verdaderamente suyos, quiénes le adoran en espíritu y en verdad. Ser medido es ser reconocido y preservado bajo la autoridad divina. Pero el patio exterior, símbolo de lo superficial y profano, será entregado a las naciones para ser pisoteado.

Es decir, Dios conoce a los suyos y los tiene contados, medidos, apartados para Él (**2 Timoteo 2:19**). No basta con estar “cerca” del templo, hay una adoración verdadera y una falsa. Solo los que están dentro del altar, lavados por la sangre del Cordero, son preservados. La Iglesia será probada, y todo lo superficial será derribado. Solo quedará lo que es genuino, lo que ha sido medido por Dios.

El pequeño libro: la dulzura y amargura del mensaje profético

“La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y dijo: Vé y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra. Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y

cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre. Y él me dijo: Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.”
Apocalipsis 10:8 al 11

Juan ve a un ángel poderoso descender del cielo con un pequeño libro abierto. La voz le ordena que tome el librito y que se lo coma, aclarándole que le amargaré el vientre pero que en su boca sería dulce como la miel. Este acto de comer el libro también nos recuerda al profeta Ezequiel (**Ezequiel 3:1 al 3**), quien también comió un rollo con palabras de lamento y advertencia.

La dulzura en la boca representa la delicia de recibir la Palabra de Dios, conocer sus misterios y ser alimentado por su verdad. Pero al digerirla, se torna amarga, porque el mensaje que debe ser anunciado incluye dolor, juicio y oposición.

Este pasaje nos enseña una verdad fundamental: la proclamación del Evangelio y del mensaje profético no es tarea ligera ni neutra. Predicar implica cargar con el peso de la Palabra, sentir el dolor de los juicios venideros y ser conscientes de la responsabilidad que tenemos como atalayas del Reino (**Ezequiel 33:7**).

Es decir, todo siervo de Dios debe comer la Palabra antes de hablarla; el mensaje debe transformarnos antes de ser predicado. La verdadera predicación no es solo dulzura, también confronta, advierte y causa incomodidad. La Iglesia debe ser fiel en anunciar todo el consejo de Dios, aunque no sea popular ni agradable.

El interludio muestra que, aun mientras los juicios caen, Dios levanta profetas que no guardan silencio, sino que proclaman la verdad completa, sin diluirla, y que hasta el momento la Iglesia sigue firme en la tierra.

Los dos testigos: El testimonio invencible hasta el final.

Lo vemos detallado en Apocalipsis 11:3 al 14, cuando el Señor dentro de ese contexto que recomiendo leer, declara lo siguiente: ***“Daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio”***. Estos testigos son descritos como dos olivos y dos candeleros, una referencia a **Zacarías 4**, donde los olivos representan la unción del Espíritu y los candeleros la luz del testimonio divino.

Este ministerio estará marcado por: Poder sobrenatural, ya que cierran el cielo, convierten el agua en sangre, hieren la tierra con plagas. Con un mensaje de arrepentimiento, ya que sus vestiduras de cilicio habla de lamento por el pecado y llamado a la conversión. Por una oposición extrema, ya que la bestia los mata y sus cadáveres son exhibidos en la ciudad rebelde, mientras los habitantes se

alegran por su muerte. Y la victoria final, ya que después de tres días y medio, el Espíritu de vida entra en ellos, resucitan y ascienden al cielo delante de todos sus enemigos.

Este pasaje es un anticipo del testimonio de la Iglesia en los últimos tiempos: Una Iglesia con profecía poderosa, que sufre persecución intensa, en aparente derrota, pero con un gran triunfo final por la resurrección. La voz del Reino no será silenciada, ni aun la muerte muchos santos podrá apagar la luz de Dios en la tierra.

Dios siempre se reserva un testimonio en la tierra, por más que el mundo intente sofocarlo. El verdadero ministerio profético no busca aplausos, sino exponer el pecado y señalar a Cristo. La victoria de la Iglesia no está en evitar el sufrimiento, sino en ser fiel hasta el fin, confiando en la resurrección y la vindicación divina.

Esta narrativa apocalíptica nos muestra que, mientras el León de la tribu de Judá avanza con juicio y autoridad: Su pueblo es medido y preservado. Su Palabra sigue siendo proclamada, aunque duela. Su testimonio no será apagado, ni siquiera por la muerte.

Este interludio nos recuerda que el Reino de Cristo no se establecerá solo mediante juicios, sino también a través del testimonio fiel de los santos, que brillan como antorchas en la noche más oscura de la historia humana, no sobre una nube, sino estando firmes en la tierra.

LA SEPTIMA TROMPETA

La proclamación del Reino y la ira de Dios

“Cuando el séptimo ángel tocó la trompeta, se hicieron en el cielo grandes voces que decían: ‘Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y Él reinará por los siglos de los siglos.’ Y los veinticuatro ancianos que están sentados delante de Dios se postraron sobre sus rostros y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, que eres y que eras, porque has tomado tu gran poder y has comenzado a reinar. Las naciones se enfurecieron, pero ha llegado tu ira, y el tiempo de juzgar a los muertos, de dar recompensa a tus siervos los profetas y a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.”

Apocalipsis 11:15 al 18

La séptima trompeta es el momento culminante en la serie de juicios apocalípticos. No es solo un anuncio, sino la proclamación definitiva del triunfo de Dios y de su Cristo sobre todos los poderes malignos. Es la señal de que la historia humana y cósmica llega a su punto de desenlace.

Al sonar esta trompeta, se oyen grandes voces en el cielo que proclaman la transferencia soberana del Reino: los reinos del mundo se han convertido en propiedad de Dios y

de su Cristo. Este hecho confirma el cumplimiento de las promesas divinas y la manifestación del Reino eterno en toda la tierra.

Los veinticuatro ancianos que rodean el trono de Dios representan la plenitud de la adoración y autoridad espiritual. Su respuesta es reverente y gozosa: se postran en adoración, expresando gratitud y reconocimiento a Dios como el Todopoderoso, el eterno y el que reina.

Este acto muestra la centralidad de la adoración en la experiencia del Reino. No solo se trata de un juicio o victoria militar, sino de una restauración del orden divino donde Dios es glorificado y exaltado por siempre.

Este pasaje de Apocalipsis enfatiza que Dios ha recuperado plenamente Su autoridad. Esa autoridad que siempre sostuvo desde la eternidad y sobre todo sobre la Iglesia, pero que ahora, la frase ***“has tomado Tu gran poder”*** indica que ha llegado el momento en que Dios interviene directamente para establecer justicia y gobernar con poder absoluto toda la tierra.

Es un recordatorio para la Iglesia, de que más allá de las intervenciones diabólicas en el planeta, los planes del anticristo por medio del sistema, el perverso gobierno humano dirigido por las mismas tinieblas, y la hostilidad sufrida por los santos, Dios es el Rey supremo que finalmente manifiesta la plenitud Su gobierno eterno, esa plenitud tan anunciada y esperada por la Iglesia.

La declaración *“las naciones se enfurecieron”*, revela la resistencia del mundo al reinado de Dios, reflejando la oposición persistente y la rebelión humana. Pero este tiempo de resistencia ha llegado a su fin, pues ha llegado *“Tu ira...”*, el juicio justo contra el pecado y la maldad.

Este juicio es integral y definitivo: se juzga a los muertos, se recompensa a los siervos fieles, y se castiga a quienes destruyen la tierra. Esto implica justicia completa y restauración total del orden creado.

La séptima trompeta anuncia que el juicio incluye a “los muertos”, señalando la resurrección y el juicio final (**2 Timoteo 4:1; Apocalipsis 20:12 y 13**). Es el momento en que cada persona será juzgada conforme a sus obras. A su vez, se promete recompensa para “los siervos los profetas y a los santos, y a los que temen tu nombre”. Es una afirmación esperanzadora para los creyentes, que aunque hayan sufrido y perseverado, recibirán honor, bendición y vida eterna.

La frase *“destruir a los que destruyen la tierra”*, indica que el juicio no es sólo contra personas, sino contra aquellos que, mediante el pecado, la injusticia y la rebelión, han corrompido la creación de Dios. Esto puede interpretarse como una referencia a la contaminación moral, social, ecológica y espiritual que afecta a la humanidad y a la tierra. El juicio traerá purificación y restauración para toda la creación.

El toque de la séptima trompeta señala la inauguración definitiva del Reino eterno de Dios, en el que Cristo reina para siempre. Es la culminación de la historia de redención, donde la justicia, la paz y la santidad prevalecerán. Para la Iglesia, este es un mensaje de esperanza y llamado a la fidelidad. Aunque el camino pueda ser difícil, la promesa de que Cristo reina y vencerá es la roca firme sobre la cual edificar la fe.

La séptima trompeta no solo anuncia la consumación del Reino, sino que implica una responsabilidad para la Iglesia de proclamar este mensaje de victoria y juicio. La Iglesia es llamada a ser testigo fiel del Rey que viene, a vivir en santidad y a participar en la extensión de su Reino en la tierra. Este momento apocalíptico debe inspirar a la comunidad cristiana a ser luz en medio de las tinieblas, llevando el rugido del León a un mundo necesitado de justicia y esperanza.

El rugido del León de Judá no es solo un sonido de juicio, sino un clamor de victoria y redención. La séptima trompeta nos recuerda que la historia humana está en las manos de Dios y que Él ha establecido un Reino que nunca será destruido.

Es una invitación a mirar más allá de las pruebas presentes, a esperar con confianza el regreso glorioso de Cristo y a vivir con la certeza de que la justicia divina prevalecerá.

PARTE 3

LAS SIETE COPAS DE LA IRA

(Apocalipsis 15 – 16)



LA PRIMERA COPA

Úlceras sobre los adoradores de la bestia

“El primer ángel derramó su copa sobre la tierra, y vino una úlcera maligna y dolorosa a los hombres que tenían la marca de la bestia y que adoraban su imagen.”

Apocalipsis 16:2

Las siete copas representan la última y más intensa serie de juicios divinos sobre la humanidad rebelde. A diferencia de los sellos y trompetas, que progresivamente muestran el inicio y desarrollo del juicio, las copas contienen la manifestación plena y definitiva de la ira de Dios, derramada sin contención. Ya no veremos afectada a una tercera parte de nada, las copas de la ira serán sobre toda la tierra, y ya no veremos arrepentimiento sino rebelión y blasfemia contra Dios (**Apocalipsis 16:9**).

Esta primera copa abre el capítulo final del juicio apocalíptico, manifestando la severidad del castigo para aquellos que han rechazado a Dios y han elegido seguir la senda de la bestia.

El derramamiento de la copa “sobre la tierra” subraya la dimensión global y palpable del juicio. La tierra es el lugar donde se desenvuelve la historia humana, y aquí se

manifiesta la justa ira divina sobre quienes han abrazado la rebelión y que ya han determinado su posición junto al mal.

No es un juicio abstracto ni remoto, sino una realidad que afectará la existencia misma de los hombres y mujeres que han decidido alinearse con la oposición a Dios. En este periodo, el juicio se manifiesta a través de “úlceras malignas y dolorosas”, una enfermedad que representa la corrupción interna, el dolor intenso y la devastación física y espiritual. En la antigüedad, las úlceras eran vistas como castigos divinos, manifestaciones visibles de la justicia de Dios sobre la impiedad y la maldad.

Esta plaga no es solo un daño corporal, sino un reflejo del estado del alma de aquellos que han rechazado a Dios: quienes serán heridos por dentro, consumidos por su rebelión y alejados definitivamente de la fuente de vida.

El texto señala específicamente a los que *“tienen la marca de la bestia y que adoran su imagen”*. La marca simboliza la entrega voluntaria al sistema satánico de poder y opresión, una señal de lealtad a la bestia en contraposición a la fidelidad a Dios. Adorar la imagen de la bestia implica la participación activa en la rebelión contra Dios, rechazando Su soberanía y entregándose a la idolatría, el pecado y la corrupción.

La úlcera maligna es una consecuencia directa de la elección de estos hombres y mujeres. El juicio divino es justo y necesario para separar a los rebeldes del pueblo de Dios,

para purificar la creación y preparar el camino para el Reino eterno. Este castigo muestra la gravedad del pecado y la seriedad de la rebelión espiritual, dejando claro que la justicia divina no tolera la idolatría ni la corrupción.

Para la Iglesia contemporánea, estos anuncios proféticos, son una clara evidencia de cómo Dios aborrece la apostasía, la idolatría y la alineación con los sistemas contrarios al Reino. Hoy en día, hay demasiados cristianos jugando con el sistema, creyendo que es inocente lo que tal vez no lo es. Esto no lo digo para sembrar temor, sino para advertir que la santidad no ha pasado de moda, sino que es la marca del Reino de los cielos.

Estos anuncios proféticos son un llamado a mantener la fidelidad a Cristo, evitando toda forma de sincretismo o compromiso con el mundo. Debemos vivir en santidad y dependencia de Dios, conscientes de que la rebelión trae consecuencias. Debemos ser testigos firmes, denunciando la corrupción y proclamando el Reino de Dios con valentía hasta que aquellos días lleguen. Debemos aprovechar estos tiempos finales de la gracia divina.

El rugido del León se escucha con fuerza en esta copa de ira, llamando a la humanidad a padecer por tanta injusticia y abandonar la rebelión. La úlcera maligna no es solo castigo, sino un claro mensaje del enojo divino. Es el inicio de la consumación del juicio, pero también será una clara muestra del poder y la justicia del León que reina por los siglos de los siglos.

LA SEGUNDA COPA

El primer juicio sobre las aguas

“El segundo ángel derramó su copa en el mar, y se volvió en sangre como de un muerto, y todo ser viviente que estaba en el mar murió.”

Apocalipsis 16:3

El derramamiento de la segunda copa es parte de la última y más devastadora serie de juicios que Dios desata contra la rebelión humana. Cada copa revela un nivel más intenso de la ira justa y santa de Dios, dirigida a purificar la tierra y preparar el Reino eterno. Mientras la primera copa afectó directamente a los adoradores de la bestia, esta segunda copa extiende el juicio a la creación misma, mostrando que la corrupción humana afecta no solo a las personas, sino al entorno que sustenta la vida.

El mar, fuente primordial de vida y símbolo de los poderes caóticos, es transformado en sangre, manifestando el alcance total y radical del juicio. En la Escritura, el mar posee un significado dual y profundo: Fuente de vida y provisión: El mar provee alimento, sustento y es hogar de innumerables criaturas, símbolo de la riqueza y diversidad creadas por Dios (**Salmo 104:25 y 26**). Además, en muchas culturas antiguas, el mar era la vía principal para el comercio y la comunicación entre naciones, vital para la economía y la supervivencia.

Símbolo de caos y oposición: A la vez, el mar representa las fuerzas caóticas y rebeldes contra el orden de Dios. En **Isaías 57:20** dice: *“los impíos son como el mar agitado, que no puede estar en reposo”*. En el Apocalipsis, el mar también simboliza las multitudes de pueblos y naciones rebeldes (**Apocalipsis 13:1**), así como el dominio del mal.

Esta dualidad es fundamental para entender el significado del juicio sobre el mar. Convertir el mar en sangre tiene un fuerte trasfondo simbólico y profético: Recordatorio de las plagas egipcias: En **Éxodo 7**, Dios convirtió las aguas del Nilo en sangre como señal de juicio sobre Egipto y su opresión. Esta acción mostró el poder soberano de Dios y su autoridad para castigar a quienes se oponen a Él.

Por su parte, la sangre representa la vida misma (**Levítico 17:11**). Transformar el mar en sangre indica la inversión de la vida en muerte, la corrupción absoluta y el juicio terminal sobre todo lo que el mar representa. La muerte de la vida marina, implica la muerte total de toda criatura marina, afectando no solo el ecosistema, sino el equilibrio mismo de la creación.

Además, debemos notar que el texto no dice que el mar se convertirá en la sangre de un muerto, sino que se volvió como la sangre de un muerto. Es decir que el mar se convertirá en una masa espesa y coagulada de sangre que produce un hedor putrefacto como el de un cadáver en

descomposición. Esta condición causará enfermedad y muerte inimaginables.

La muerte de toda vida en el mar representa una catástrofe ecológica sin precedentes, ya que la extinción masiva de vida marina generaría un colapso en la cadena alimenticia, afectando a aves, mamíferos y a la humanidad, que depende de los recursos marinos para su sustento.

Esto también generará una gran crisis económica y social. El mar es vital para el comercio mundial y la pesca. Su contaminación total provocaría hambre, pobreza, desestabilización social y migraciones masivas. Un terrible desbalance ambiental acechará la tierra, ya que la naturaleza responderá a este desastre con desequilibrios en los ecosistemas, afectando clima y estabilidad planetaria.

Estos aspectos reflejan la seriedad y gravedad del juicio, mostrando que el pecado humano tiene consecuencias tangibles y universales. Espiritualmente, el mar simboliza las naciones, pueblos y sistemas opresores que se levantan contra Dios. La destrucción de toda vida en el mar representa la caída y juicio de los poderes demoníacos y los sistemas mundiales corruptos que dominan la humanidad.

Este juicio revela la soberanía absoluta de Dios, que pone fin a la rebelión y establece Su Reino de justicia. El hecho de que el mar se convierta en sangre es una declaración clara de que no existe ningún poder que pueda resistir el juicio divino definitivo.

Para la Iglesia, esta copa es una llamada a reconocer que la corrupción del pecado afecta toda la creación y que el juicio de Dios es inevitable y justo. Sin embargo, también es una invitación a que apresuremos y prioricemos nuestra evangelización y nuestra advertencia el mundo en este tiempo que aún tenemos los beneficios de la gracia. La Iglesia debe vivir con la esperanza firme en el Reino que al final redimirá el planeta, pero no debemos avanzar con pasividad.

La pregunta que muchos se hacen es si en realidad habrá posibilidad de arrepentimiento para los seres humanos en los tiempos de la ira. ¿Será posible que alguien proceda a la salvación en tiempos de juicio frontal? Bueno, en el contexto del Apocalipsis, específicamente durante el derramamiento de las siete copas de la ira de Dios, la Biblia indica que la gente no se arrepentirá, a pesar de sufrir plagas severas y dolorosas. En cambio, continuarán blasfemando contra Dios y no se arrepentirán de sus acciones.

El rugido del León de Judá se escuchará con poder en este juicio sobre el mar, demostrará a todos, que la creación entera está bajo el dominio y la justicia de Dios. No hay lugar donde escape su poder ni rebeldía que permanezca sin castigo. Esto desafía a la humanidad a reconocer su responsabilidad, a arrepentirse y a prepararse para el Reino eterno, donde la vida, la justicia y la paz reinarán sin fin.

LA TERCERA COPA

El segundo juicio sobre las aguas

“El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y las fuentes de las aguas, y se volvieron en sangre.”

Apocalipsis 16:4

El sonido de la tercera trompeta de juicio resuena con un eco profundo que se extiende más allá de la tierra, hasta las venas mismas de la creación: los ríos y fuentes de las aguas, esas arterias vitales que sostienen la vida animal, vegetal y el sustento humano. Allí donde la tierra late con su frescura, donde brota el agua clara que calma la sed y renueva, el juicio divino se manifiesta con una solemnidad aterradora: las aguas de los ríos y las fuentes de agua dulce se tornarán en sangre, símbolo inequívoco de muerte y condenación.

En las páginas de la Escritura, los ríos representan no solo la provisión física sino la gracia divina que fluye hacia sus hijos. El **Salmo 36** exalta: ***“En tu luz veremos la luz; hay en tu presencia plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre”***, y esta luz se refleja en las aguas que calman el alma y el cuerpo.

Pero ahora, bajo el peso del juicio, esas aguas se corromperán. Lo que hoy en día es un manantial de vida se

convertirá en un manantial de muerte. El contraste será terrible: la fuente de bendición se convertirá en la evidencia de la ira del Creador. El fluir vital se detendrá, y en su lugar, la sangre, símbolo de vida manchada por pecado y rebelión, teñirá todo de rojo oscuro.

La sangre es el lenguaje de la vida y de la muerte. Derramada injustamente en las páginas de la historia humana, desde Caín hasta la cruz del Calvario, la sangre recuerda el precio del pecado y la deuda que la humanidad ha contraído con Dios.

Convertir las aguas en sangre es una manifestación dramática de la ira divina, una señal que se extiende por toda la tierra para que el hombre reconozca la gravedad de su rebelión. No es una furia caprichosa, sino una justicia santa que purga, castiga y llama a la reflexión profunda. Este juicio es un espejo en el que se refleja la corrupción interna del hombre, su alejamiento de la fuente verdadera de vida que es Cristo.

El juicio sobre las aguas dulces afectará a todo el sistema vital de la tierra. La contaminación de ríos y fuentes representa el colapso de la provisión natural que sostiene a pueblos y naciones. Es un golpe directo al sustento físico y a la vida misma.

Pero también es un símbolo espiritual. El agua, símbolo del Espíritu Santo y de la renovación, se ve contaminada. El hombre que se aparta de Dios seca su propia

alma y la tierra que habita. Este castigo revela que la desobediencia trae sequedad, oscuridad y muerte espiritual.

En medio de este severo juicio, resuena un llamado urgente a la purificación. Así como las aguas limpias son fuente de vida, el alma purificada por la gracia es manantial de vida eterna. La Iglesia, como guardiana de esta pureza, es llamada a beber de la fuente viva, a sostenerse en la palabra y en el Espíritu, y a ofrecer al mundo un testimonio limpio y auténtico antes de que sea demasiado tarde.

El rugido del León de Judá resuena poderoso en este escenario de juicio y purificación. Su llamada no solo será clara sino terrorífica. Abandonar el pecado, apartarse de la rebelión, beber del agua que solo Él ofrece, ya no será una opción para muchos que lo han despreciado durante tanto tiempo. Esto sin duda, será un rugido feroz de un León hambriento por justicia.

LA CUARTA COPA

Tinieblas y dolor sobre el trono de la bestia

“El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego.”

Apocalipsis 16:8

La luz que durante milenios ha iluminado la tierra, que ha acariciado los campos y ha dado vida a toda criatura, ahora se convierte en un instrumento de juicio y dolor. El sol, fuente indiscutible de calor y vida, es transformado en agente de castigo. El fuego abrasador que brota de su esfera ardiente se vuelve un juicio tangible, visible y demoledor para los hombres que persisten en su rebeldía.

Desde la creación, el sol ha sido la fuente inagotable de energía y luz. En la Escritura, la luz a menudo simboliza la verdad, la presencia de Dios y la bendición. El **Salmo 84** proclama: *“Porque un día en tus atrios es mejor que mil fuera de ellos”*, evocando la luz que emana de la gloria divina.

El sol es ese astro rey que gobierna el día, que despierta la tierra dormida y sostiene la vida en todos sus rincones. Es también símbolo de la justicia de Dios que resplandece sobre la creación.

Cuando el cuarto ángel derrama su copa sobre el sol, este recibe poder para quemar a los hombres con fuego. La imagen es estremecedora: la luz que normalmente da vida ahora quema, hiere y castiga. Este fuego no es sólo físico, sino que lleva consigo la dimensión espiritual del juicio divino, que quema la impureza y la maldad arraigada en los corazones humanos.

El fuego del sol afecta a “los hombres”, aquellos que han elegido vivir en la rebelión y el rechazo a Dios. El juicio es tanto individual como colectivo, una consecuencia inevitable de la persistencia en la desobediencia.

El calor insoportable es símbolo del peso del pecado y la culpa que agobia al hombre sin arrepentimiento. El fuego purifica, pero también destruye aquello que no es conforme a la voluntad divina.

Este fuego abrasador es un recordatorio del delicado equilibrio entre vida y muerte. Así como el sol puede nutrir y hacer crecer la vida, también puede consumirla si se vuelve destructor. Este contraste refleja la dualidad del juicio divino: justicia implacable para los impíos, y luz de vida para los que buscan refugio en Dios.

Es significativo que, según **Apocalipsis 16:9**, *“los hombres se abrasaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria.”* Esta reacción revela la

obstinación del corazón humano, la terquedad que rechaza la misericordia incluso ante la evidencia clara del juicio divino.

Para la Iglesia, esta copa es un llamado a: Reconocer el poder de Dios sobre toda la creación. Recordar que el juicio divino es real, efectivo y que ciertamente llegará. Mantener la humildad y la dependencia constante de la gracia y ser luz en medio de un mundo que se endurece contra Dios es clave para estos tiempos. Una vez más: ¡Valoremos lo que implica la gracia de Dios en este tiempo!

El rugido del León de Judá resonará en el calor abrasador que tocará a la humanidad rebelde en aquellos días. Su justicia se verá a través del sol que brilla con tremendo fuego, Él purificará y también condenará a todos los impíos que se han burlado y han sido hostiles contra Su reino durante años. Esto debe recordarnos que la luz verdadera y la vida verdadera solo se encuentran en Él, y que sin la aceptación de su soberanía, el hombre camina hacia la destrucción bajo el fuego de su propia rebelión.

LA QUINTA COPA

La oscuridad sobre el trono de la bestia

“El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se cubrió de tinieblas; y los hombres se mordían la lengua de dolor.”

Apocalipsis 16:10

En la saga del juicio final, la quinta copa nos lleva a un momento de oscuridad profunda, no solo física sino espiritual y emocional, que recae sobre el trono mismo de la bestia, símbolo del poder anticristo y de la oposición radical a Dios. Este momento es crucial: el corazón del sistema de rebelión es alcanzado por la justicia divina, y su reino se ve envuelto en una tiniebla que revela su verdadera naturaleza y destino.

El trono representa el asiento del gobierno, el centro de autoridad y poder. En la narrativa apocalíptica, la bestia simboliza la encarnación máxima de la rebelión contra Dios: un sistema de poder opresivo, anticristiano, que gobierna con violencia, engaño y persecución.

Este trono no es solo un lugar físico, sino un símbolo del dominio espiritual y social que mantiene cautiva a la humanidad en la mentira y la oscuridad.

Al derramar su copa sobre el trono de la bestia, el ángel desata un juicio directo y contundente contra la autoridad del enemigo. Es un golpe que va al centro mismo del poder que ha corrompido naciones y pueblos. Este acto demuestra que no hay poder que escape al control soberano de Dios, y que la justicia divina alcanza hasta el último vestigio de opresión y maldad.

La tiniebla que cubre el reino no es solo una ausencia de luz física, sino un signo visible del juicio espiritual. La oscuridad es sinónimo de desesperación, confusión, pérdida y derrota. En la Escritura, las tinieblas a menudo representan el reino del mal, la ignorancia y la separación de Dios (**Juan 1:5; Efesios 6:12**). Aquí, sin embargo, la oscuridad es un juicio sobre el mal, que pierde su dominio y queda expuesto en su miseria.

El texto describe una escena de intenso dolor y desesperación: los que sufren este juicio *“se muerden la lengua”*. Este gesto es expresión de angustia, impotencia y auto-castigo, una reacción visceral ante la magnitud de su caída y la imposibilidad de revertir su destino. Es la manifestación del sufrimiento humano cuando se enfrenta al juicio irrevocable, la consecuencia natural de vivir alejado de la luz y la verdad.

Esta copa es el prelude tangible de la derrota definitiva del sistema de la bestia. La oscuridad es el signo que anuncia que su reinado está llegando a su fin, y que la luz del Reino de Dios pronto brillará sin sombra. Para la Iglesia,

esta escena es un signo de esperanza: aunque el mal parezca poderoso, Dios está trabajando para destruirlo y establecer su Reino eterno.

Este juicio llama a la Iglesia a permanecer firme en la luz de Cristo, aun cuando las tinieblas parezcan envolver al mundo, debemos ser conscientes de que no ha llegado al colmo de su maldad. Debemos reconocer la soberanía de Dios sobre todas las autoridades y poderes, teniendo en claro que un día dirá ¡Basta! Y nadie podrá detenerlo. Debemos ser testigos de la verdad sin claudicar, sabiendo que aunque el mal parezca fortalecerse, su derrota está garantizada.

El rugido del León resuena con poder sobre el trono de la bestia, anunciando que su reino de tinieblas será destruido definitivamente, y que la luz eterna reinará para siempre. Esto es un llamado a no temer la oscuridad del mundo, sino a mantenerse firmes en la fe, sabiendo que la justicia divina prevalecerá y que el León de Judá reina con poder y amor inquebrantable.

LA SEXTA COPA

El Éufrates y la preparación para la batalla final

“El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates, y se secó su agua, para preparar el camino a los reyes del oriente.”

Apocalipsis 16:12

La tierra tiembla ante el derramamiento de la sexta copa, una acción que desencadena movimientos decisivos en la escena apocalíptica. El majestuoso río Éufrates, que durante siglos ha sido símbolo de vida, poder y barrera natural, se secará. La desaparición de sus aguas no solo es un fenómeno físico, sino la señal clara de que la historia humana camina hacia su clímax, hacia el encuentro definitivo entre las fuerzas del mal y la soberanía del León de Judá.

El Éufrates es uno de los ríos más emblemáticos de la historia bíblica y humana. Junto con el Tigris, fue cuna de civilizaciones, fuente de vida y símbolo de poderosos imperios. En el ámbito espiritual, ha representado la fuerza y la protección de las potencias terrenales que se oponen a Dios.

Que sus aguas se sequen significa que las barreras que contenían y protegían a los reyes del oriente se han eliminado, permitiendo que los ejércitos de la rebelión

avancen hacia la confrontación final. Esta será la preparación para una batalla final, conocida como “Armagedón”. La sexta copa seca el río Éufrates, allanando el camino para los “reyes del oriente”. Estos reyes, incitados por el dragón, la bestia y el falso profeta, que componen la trinidad diabólica, se preparen para la batalla contra Dios.

La sequía del Éufrates no es un fenómeno natural fortuito, sino un juicio divino intencionado. El drenaje de sus aguas preparará el camino para la llegada de estos “reyes del oriente”. Este acto simboliza la exposición total del mal y la apertura del camino para la gran batalla, la confrontación que decidirá el destino de la humanidad.

Los reyes del oriente, mencionados en el texto, evocan imágenes de ejércitos poderosos, antiguos y simbólicos, que vienen a sumarse a la coalición de fuerzas malignas. Su avance es posible solo porque el juicio ha despejado el camino. Este momento es crítico en el drama apocalíptico, marcando la preparación para el conflicto definitivo.

La sequía del Éufrates representa también un vacío espiritual, una desolación en las fronteras de la fe y la justicia. Esta desolación es un recordatorio de que Dios permite ciertos eventos para cumplir su propósito supremo y llevar a cabo la redención.

Aunque la sequía pueda parecer devastadora, forma parte del plan soberano de Dios para la victoria final. Cada evento, cada copa derramada, es parte de la cadena que

culmina en la derrota del mal y el establecimiento del Reino eterno. La Iglesia debe entender que estos juicios son temporales y necesarios, porque abrirán definitivamente la puerta a la plena manifestación del Reino de Dios en la tierra.

El rugido del León resuena en el valle seco del Éufrates, anunciando que la historia se acerca a su clímax. La soberanía de Dios abre el camino para que se cumplan sus propósitos eternos. Esto no deja de ser un llamado a la preparación espiritual, a la confianza en el León que reina y que, con justicia y poder, llevará a cabo la victoria definitiva sobre el mal.

LA SEPTIMA COPA

La consumación del juicio y el triunfo del Reino

“El séptimo ángel derramó su copa en el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, desde el trono, que decía: ‘¡Hecho está!’ Y hubo relámpagos, voces, truenos, un gran terremoto, y hubo un gran granizo, como de un talento de peso, que cayó del cielo sobre los hombres.”

Apocalipsis 16:17 al 21

La séptima copa representa la culminación definitiva de la ira de Dios, el punto final de un proceso de juicio que ha sido a la vez severo y justo. La gran voz que proclama “¡Hecho está!” es un clamor que resuena con poder y autoridad desde el templo celestial, declarando que la justicia divina ha sido plenamente ejecutada.

Este momento es el cierre de un ciclo que inició con la rebelión humana, y que culmina con la restauración y la inauguración plena del Reino de Dios. No es solo un juicio, sino también un anuncio de victoria y esperanza.

El aire, o atmósfera, es el espacio que envuelve la tierra y conecta toda la creación. Derramar la copa en el aire simboliza que el juicio de Dios alcanza toda esfera de existencia, no solo la tierra o el mar, sino también el reino espiritual y natural. Esto significa que no hay lugar ni poder

que escape la justicia de Dios; el juicio es universal y total, abarcando todo lo visible e invisible.

La voz que emana desde el templo celestial, desde el trono de Dios, subraya la legitimidad y la autoridad suprema de este juicio. El templo es el lugar santo donde reside la presencia de Dios, y el trono es el asiento de Su soberanía. La proclamación “*¡Hecho está!*” es la sentencia definitiva, un mandato que declara consumada la voluntad divina y el fin del reinado del pecado y la rebelión.

A continuación, la Escritura describe un despliegue espectacular de fenómenos cósmicos y naturales: relámpagos, voces, truenos, un gran terremoto y un granizo de peso descomunal que cae sobre los hombres.

Estos elementos no son solo fenómenos físicos, sino símbolos que expresan la magnitud y la gravedad del juicio. El terremoto representa la sacudida total de la tierra, el cambio irreversible en la historia humana. El granizo, pesado y destructivo, señala la severidad del castigo.

El juicio culmina con la caída de una ciudad simbólica, conocida como Babilonia la grande, descrita en **Apocalipsis 17 y 18** como centro de corrupción, idolatría y opresión. Su destrucción es el símbolo de la derrota definitiva de los sistemas malignos que han oprimido a la humanidad. Es la liberación del pueblo de Dios y la purificación de la tierra para el Reino eterno.

En este acto final, la soberanía de Dios se manifiesta plenamente. Él es el Rey que juzga con justicia, que no deja sin castigo la maldad, pero que también cumple su promesa de restauración.

El derramamiento de la séptima copa es la consumación del plan divino, el cierre de la historia tal como la conocemos, y la apertura de una era nueva donde el mal no tiene lugar. Para la Iglesia, esta copa es un recordatorio de que la justicia de Dios prevalecerá. Aunque los tiempos sean difíciles y la injusticia parezca triunfar, el Señor tiene el control absoluto. La proclamación “*¡Hecho está!*” es también un mensaje de esperanza para los creyentes: la victoria final ya está asegurada, y el Reino de Dios será manifestado plenamente con poder y gloria.

Este capítulo concluye con una exhortación a la fidelidad en medio de la espera, a perseverar firmes en la fe, confiando en que el rugido del León anunciará pronto la restauración definitiva. La consumación del juicio invita a vivir con esperanza activa, sabiendo que Dios cumplirá todas sus promesas y que el mal será destruido para siempre.

El rugido del León que resuena en el derramamiento de la séptima copa es el rugido de la justicia cumplida, de la misericordia que triunfa, del Reino que se establece. Esto es un canto de victoria, un llamado a la esperanza y un recordatorio de que Jesucristo, el León de Judá, reina eternamente, y que en Él está la vida verdadera y eterna.

LA IGLEISA Y EL RUGIDO DEL LEÓN

“Muchos serán purificados y perfeccionados, y quedarán limpios, pero los malvados seguirán en su maldad. Ninguno de ellos entenderá nada, pero los sabios lo entenderán todo.”

Daniel 12:10

El motivo por el cual determiné incluir este capítulo es para aclarar cuál es mi punto de vista respecto de la Iglesia y en los llamados tiempos del fin. Según el panorama escatológico bíblico, la venida visible y gloriosa de Cristo cuando *“todo ojo le verá...”* (**Apocalipsis 1:7**), ocurre al final de la Gran Tribulación, es decir, después de la serie completa de juicios: sellos, trompetas y copas de la ira, aunque los últimos eventos se desarrollan de manera muy rápida y encadenada. No sabemos cuándo será el tiempo determinado por el Padre, pero sí podemos saber qué cosas pasarán antes de Su venida.

Las copas de la ira que estudiamos, se vierten en la última parte de la Gran Tribulación, derramando la ira plena de Dios sobre los impíos y el reino del anticristo. Esto culmina con la batalla de Armagedón y la Segunda Venida Gloriosa (**Apocalipsis 19:11 al 16**). Es decir, después de la

sexta y séptima copa que son la preparación y la gran batalla. Entonces los cielos se abren y Cristo desciende como Rey de reyes y Señor de señores.

Es un hecho que la Iglesia no está destinada a la ira de Dios, y justamente eso es lo que genera gran confusión en muchos, porque no sufrirá la ira, pero será alcanzada por la tribulación. La Escritura es categórica: ***“Dios no nos ha puesto para ira”*** (1 Tesalonicenses 5:9), yo no discuto eso. Lo cierto es que esto no significa necesariamente que la Iglesia no estará en la tierra cuando ocurran los juicios, pero sí garantiza protección divina. Noé fue preservado en el diluvio, pero fue afrontando la tormenta, no escondiéndose en el cielo. El pueblo hebreo fue preservado en Egipto durante las plagas, pero no fue llevado sobre una nube, sino guardado en Gosén (**Éxodo 8:22 y 23**).

Jesús advirtió que sus discípulos pasarían por tribulación (**Juan 16:33; Mateo 24:9**), pero prometió estar con ellos y guardarlos. Mi conclusión personal basada en la lectura de Apocalipsis es que los juicios caerán sobre los impíos y sobre el sistema mundial rebelde al Señor.

La Iglesia podría ser testigo durante los juicios, pero no será alcanzada por la ira divina, pues está bajo la sangre del Cordero. La manifestación gloriosa de Cristo será el acto final después de todas las copas, cerrando la era de la maldad y abriendo el Reino milenal.

En otras palabras, el regreso visible del Señor será después de todos los juicios, y la Iglesia, aunque pueda atravesar parte de ellos, será preservada de la ira que está destinada exclusivamente para los que rechazan a Cristo.

Por otra parte, creo que el arrebatamiento y la segunda venida son un único evento visible **1 Tesalonicenses 4:16 y 17** describe el arrebatamiento claramente diciendo: *“El Señor mismo... descenderá del cielo... y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos... seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire”*. Este pasaje no separa el arrebatamiento de la manifestación visible de Cristo, solo muestra el orden: resurrección, arrebatamiento, encuentro con Cristo, retorno con Él en victoria.

Mateo 24:29 al 31 confirma que esto ocurre “inmediatamente después de la tribulación” cuando aparecerá la señal del Hijo del Hombre y “enviará sus ángeles... y reunirán a sus escogidos”. Es un evento público que todo ojo verá (**Apocalipsis 1:7**), no existe un raptó secreto como algunos enseñan. Yo explico esto con claros fundamentos en mi libro titulado “El resplandor de Su venida”.

Un solo regreso, una sola gloria En ningún pasaje se habla de tres venidas distintas como algunos predicán. Primero su encarnación, segunda el raptó secreto y tercera donde todo ojo le verá. Eso no es algo que se predicara sino hasta el año 1830. La Biblia enseña una sola segunda venida

con dos actos simultáneos: Resurrección y arrebatamiento de los santos para encontrarse con el Señor en el aire. Descenso triunfal de Cristo para juzgar a las naciones y establecer su Reino (**Apocalipsis 19:11 al 16**).

En **Colosenses 3:4** el apóstol Pablo lo sintetiza muy bien: *“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria.”* No hay espacio para un regreso oculto: la manifestación del Señor y la glorificación de la Iglesia son simultáneas y públicas.

Mi conclusión personal es que el arrebatamiento no es un escape secreto, sino una reunión gloriosa de la Iglesia con Cristo, inmediatamente antes de descender con Él en victoria al final de la Gran Tribulación. Este evento marca el cierre de la era presente, el juicio de los impíos y el inicio de la plena manifestación del Reino en la tierra.

Entonces, la Iglesia de Jesucristo no será una espectadora pasiva en el drama apocalíptico que se desarrolla con los sellos, trompetas y copas de la ira. Es, por designio divino, luz en medio de las tinieblas, sal en medio de la corrupción y columna firme de la verdad en un mundo que se desmorona.

Ante el rugido del León, la Iglesia está llamada a una respuesta clara, firme y activa. Su actitud, su participación y su ubicación espiritual y práctica serán decisivas para que el Cuerpo de Cristo permanezca fiel y cumpla su misión.

Durante la apertura de los siete sellos, la Iglesia debe mantener un espíritu de vigilancia y oración. Los sellos revelan juicios progresivos que afectan la tierra y la humanidad, pero también muestran el crecimiento del Reino de Dios y la prueba de los santos. La actitud debe ser de constante discernimiento, buscando en la Palabra la interpretación divina y evitando el temor paralizante.

Debemos tener en claro que la Iglesia participa como testigo fiel que predica el evangelio, advierte a los impíos y edifica a los creyentes. En medio del caballo blanco de la falsa paz, la persecución, la hambruna y la muerte, la Iglesia fortalece a los suyos con la verdad y el ánimo del Espíritu.

La Iglesia está en el mundo, pero no es del mundo (**Juan 17:14 al 16**). Está en medio de la tribulación, afrontando pruebas, pero protegida y sostenida por la gracia de Dios. Es un refugio espiritual para los suyos y una luz que no puede ser ocultada.

La fase de las trompetas marca un aumento en la intensidad del juicio, con catástrofes naturales y espirituales que despiertan la urgencia del arrepentimiento. La Iglesia debe tener una actitud de valentía y persistencia, enfrentando la crisis con fe, proclamando el evangelio sin compromisos con el sistema y ejerciendo la disciplina espiritual.

Más que nunca, la Iglesia debe ser profética, denunciando la idolatría, el pecado y la corrupción que llevan a la humanidad a la condenación. Debe cuidar a su pueblo,

fortaleciendo la comunión y la santidad, y preparar a los creyentes para la oposición creciente.

En las trompetas, la Iglesia sigue en medio del conflicto, enfrentando persecución y pruebas que moldean a los santos. Algunos serán llamados a salir de las ciudades corruptas, como Babilonia, para preservar la pureza del mensaje. La comunión entre los creyentes se profundiza, y la unidad se vuelve clave.

Por su parte, las copas representan el juicio final y consumado de Dios. La Iglesia debe mantener una actitud de esperanza activa y fidelidad inquebrantable. Aunque la ira de Dios se manifiesta con fuerza, la Iglesia proclama que el juicio es justo y que las perversas fuerzas del mal, los rebeldes, los impíos, los burladores, los violentos pagarán por su elección.

La Iglesia es llamada a ser testigo fiel, a consolar a los afligidos, a orar por la justicia y a proclamar la reconciliación en Cristo. Este es un tiempo en el que debemos fortalecer el discipulado, vivir en santidad y estar preparados para la venida del Señor.

El León de la tribu de Judá ruge con poder y justicia. La Iglesia debe escuchar ese rugido con reverencia, temor santo y confianza plena. Nuestra misión es reflejar ese rugido en el mundo a través del amor, la verdad y el poder del Espíritu Santo. Este rugido es el llamado a la fidelidad, al

testimonio valiente y a la esperanza segura de la victoria final.

Los desafíos para la Iglesia de hoy y para todos los que deban enfrentar el tiempo final, es no caer en la indiferencia o el miedo paralizante. Es mantener la doctrina pura y evitar compromisos. Es fortalecer la comunión y el discipulado. Es ser luz y sal en un mundo en decadencia moral y espiritual. Es orar constantemente por la venida del Reino.

En medio del rugido del León, la Iglesia es el remanente fiel, el testimonio vivo de que Dios reina y que la justicia triunfará. Su actitud de fe, su participación activa y su lugar seguro en Cristo la convertirán en la esperanza para un mundo quebrantado.

La Iglesia está llamada a perseverar, a anunciar el evangelio con poder, y a prepararse para la gloria que será revelada cuando el León de Judá manifieste definitivamente y con toda plenitud Su glorioso Reino.

“El que da testimonio de estas cosas, dice: Sí, vengo pronto. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!”

Apocalipsis 22:20

CONCLUSIÓN FINAL

“Si les dicen: ¡Miren que está en el desierto!, no salgan; o: ¡Miren que está en la casa!, no lo crean. Porque así como el relámpago que sale del oriente se ve hasta en el occidente, así será la venida del Hijo del hombre.”

Mateo 24:26 y 27

A lo largo de este libro, hemos caminado juntos por el intenso y solemne camino de los juicios de Dios revelados en los sellos, las trompetas y las copas de la ira. Hemos escuchado el rugido poderoso y majestuoso del León de la tribu de Judá, ese León que no solo ruge con autoridad, sino que también salva, purifica y restaura.

Este rugido es mucho más que un sonido: es la expresión vibrante de la justicia perfecta de Dios y de la esperanza inquebrantable que sostiene a su pueblo en medio de las pruebas. Nos confronta y nos desafía a estar despiertos, a discernir los tiempos y a responder con fidelidad en cada etapa de la historia que se desarrolla ante nuestros ojos.

El juicio que hemos visto desplegarse en los sellos, trompetas y copas no es producto de la ira arbitraria, sino de la justicia santa y necesaria de Dios. El pecado corroe, destruye y aleja a la humanidad de su Creador, y la justicia

divina es el remedio que purifica, sanciona y restablece el orden.

La Iglesia debe entender profundamente que el juicio no es un castigo vengativo, sino una muestra del amor de Dios que no puede tolerar la impunidad del mal. Por ello, es urgente vivir con un sentido serio de santidad, arrepentimiento y reverencia hacia el Señor.

La Iglesia debe fortalecer la enseñanza bíblica sobre la justicia y la santidad de Dios, cultivando una vida de arrepentimiento personal y corporativo. La santidad no es opcional, sino esencial para ser comunidad fiel en tiempos de juicio.

Aunque los juicios parecen duros y los tiempos oscuros, la promesa del Reino es la luz que no se apaga. El rugido del León es también el canto de victoria y redención. Para aquellos que ponen su fe en Jesucristo, el Rey de Reyes, hay una esperanza segura: la restauración completa, la vida eterna y la gloria.

Los tiempos descritos en los juicios no serán fáciles. Habrá oposición, persecución, pruebas y tentaciones. La Iglesia está llamada a ser un remanente fiel, que no se doblega ni compromete la verdad. Cultivar una vida de oración constante, adoración genuina y comunión ferviente. La esperanza se fortalece en la intimidad con Dios y en la comunidad de fe. La Iglesia debe ser fuente de ánimo, paz y fortaleza en medio del caos.

El rugido del León exige valentía, perseverancia y compromiso total. La fidelidad no es pasiva, sino activa: predicar el evangelio, defender la verdad, cuidar a los hermanos y vivir una vida que refleje el carácter de Cristo.

Creo que debemos implementar programas de discipulado profundo y enseñanza bíblica sólida que prepare a los creyentes para enfrentar las pruebas. Promover el apoyo mutuo, el cuidado pastoral y la unidad, para que la Iglesia sea un refugio seguro y fuerte.

Uno de los grandes retos es no dejarse engañar por las falsas doctrinas o las promesas de paz engañosa. La Iglesia debe estar alerta, escudriñando la Palabra y la realidad con sabiduría espiritual. El rugido del León es una llamada a la vigilancia espiritual: a no dormir espiritualmente hablando, a orar sin cesar y a ser sabios como serpientes, inofensivos como palomas (**Mateo 10:16**).

Creo que debemos fomentar la enseñanza sobre escatología bíblica, para que los creyentes conozcan los tiempos y señales. Estimular la oración intercesora y la dependencia constante del Espíritu Santo para discernir la verdad y resistir la mentira.

En tiempos de juicio, la división es un enemigo que debilita. La Iglesia debe buscar la unidad basada en el amor, la verdad y el respeto mutuo, para que su testimonio sea creíble y poderoso. El rugido del León llama a un pueblo

unido, firme en la fe y dispuesto a enfrentar juntos las tormentas.

Creo que debemos promover la reconciliación, el perdón y la colaboración entre las iglesias locales y denominaciones. Crear espacios de comunión auténtica donde se fortalezca el cuerpo de Cristo y se evidencie el amor fraternal.

Finalmente, este libro nos lleva a mirar hacia adelante con expectación y alegría. El rugido del León anuncia la llegada del Rey que traerá la justicia eterna, el fin del mal y la instauración definitiva de su Reino. La Iglesia debe vivir con la mirada puesta en esa gloriosa esperanza, preparándose para ser parte de la boda del Cordero, con vestidos limpios y corazones ardientes.

Creo que debemos enseñar sobre la esperanza escatológica y la preparación espiritual para la venida del Señor. Animar a la congregación a vivir con santidad y pasión, conscientes de que su Redentor viene pronto.

¡Iglesia preciosa! el rugido del León es hoy más que nunca un llamado urgente a despertar, a levantarse y a brillar en medio de la oscuridad. Es la proclamación de que Dios está en control, que la justicia será establecida y que la esperanza no defrauda. Lo que dijo que pasará, ciertamente pasará, y Él vendrá tal como algunos discípulos lo vieron irse.

***“Galileos, ¿por qué se han quedado mirando al cielo?
Este mismo Jesús que estuvo entre ustedes y que ha sido
llevado al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que
lo han visto irse allá.”***

Hechos 1:11 (DHH)

Que esta verdad penetre profundo en tu corazón, que te motive a vivir en santidad, a perseverar con fe y a ser un testigo valiente en tiempos decisivos. Porque el León de Judá ruge, y su rugido anuncia la consumación de la historia, la justicia perfecta y el Reino eterno donde reinaremos con Él para siempre.

¡Qué nuestra vida y nuestra Iglesia respondan a este rugido con fidelidad, valentía y amor!



Oración final:

Padre amado, te pedimos en el nombre de Jesús, el León de la tribu de Judá, que ruga con poder y autoridad sobre toda la creación, que seamos capaces de comprender los tiempos que vivimos y actuar conforme a Tu voluntad...

Gracias por tu justicia perfecta, que sana, purifica y restaura.

Gracias por tu misericordia que nos llama al arrepentimiento, y por tu amor que nos sostiene en medio de la tribulación...

Padre santo, fortalece a tu Iglesia, para que sea fiel testigo de tu verdad en tiempos oscuros, que nunca ceda ante la presión ni se deje engañar por la falsa paz...

Danos discernimiento para comprender los tiempos, y valentía para proclamar el Evangelio con pasión y fidelidad...

Que Tú precioso Espíritu Santo, renueve nuestro corazón y nuestra mente para comprender Tus tiempos...

Llénanos de tu poder para resistir, y de tu paz que sobrepasa todo entendimiento...

Haznos luz en la oscuridad, sal en un mundo que se corrompe, y esperanza viva para los que aún no te conocen...

Esperamos con ansias al León de Judá, preparándonos para el día en que ruja definitivamente y manifieste Reino eterno, justo y glorioso con toda plenitud...

Que nuestro caminar refleje tu amor y santidad, que nuestra vida sea un testimonio fiel de que tú reinas, que tú vences, que tú amas...

En tu nombre poderoso oramos, ¡Amén!

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda

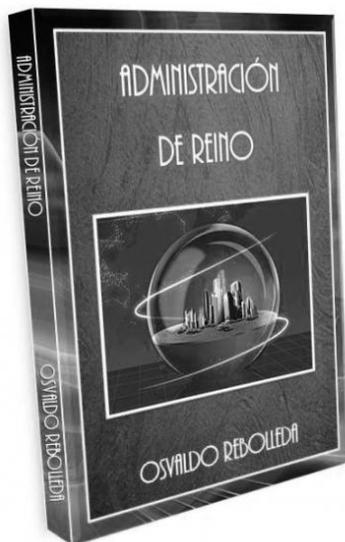


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

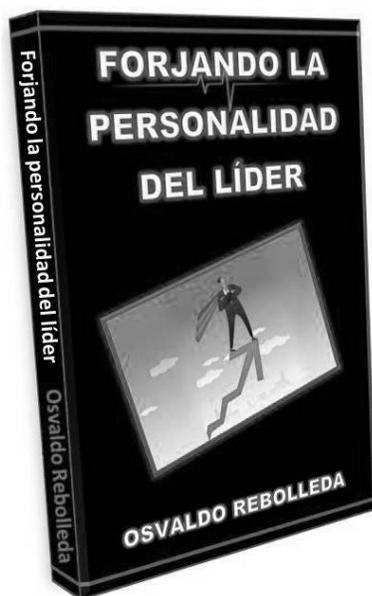
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.** Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

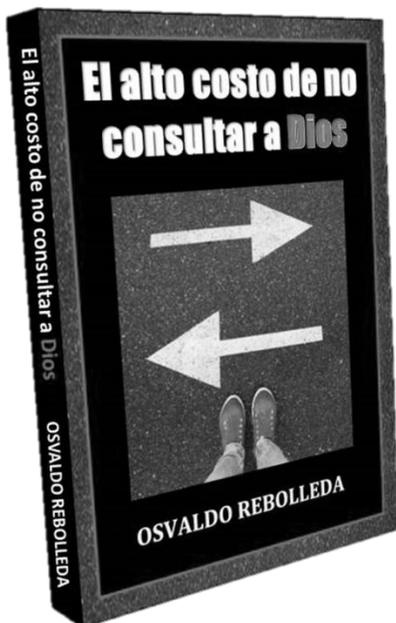


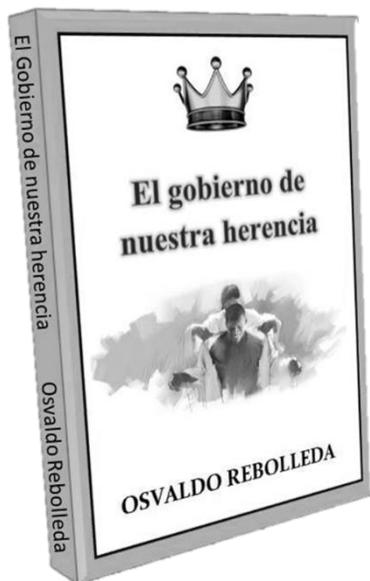
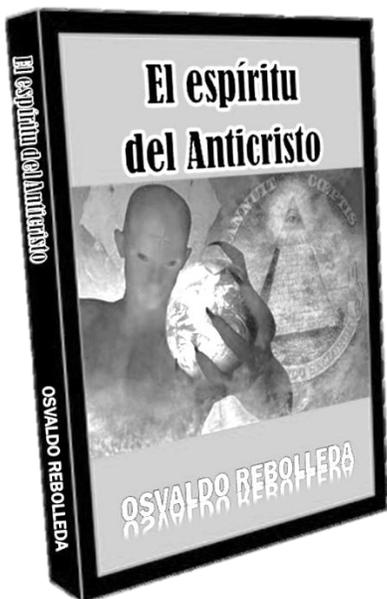
www.osvaldorebolleda.com



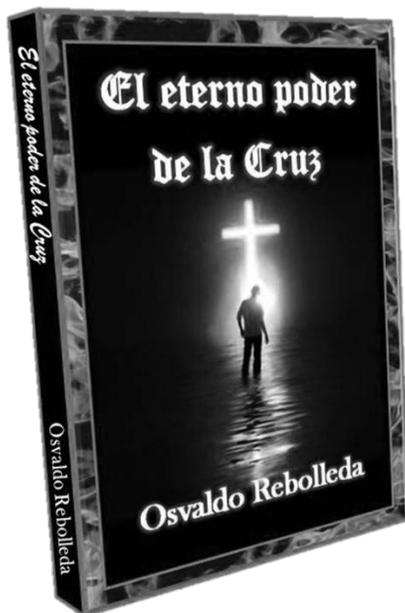
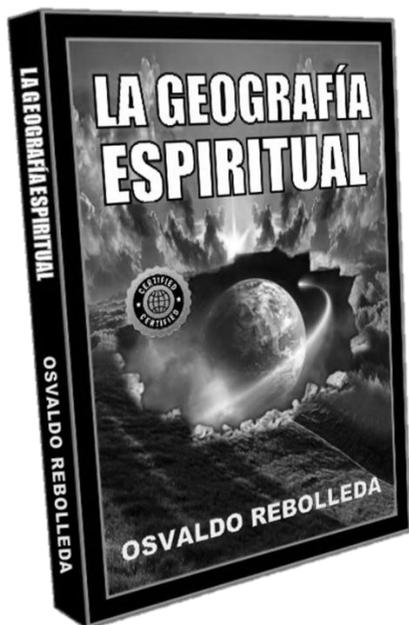


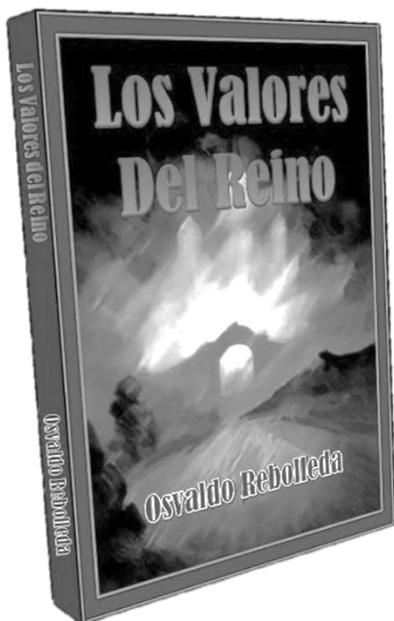
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

